

LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 29. — Madrid 15 de Octubre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Excursión á la sierra del Alto-Rey* (continuación), por D. Manuel Pérez Villamil. — *Carta descripción de las islas Filipinas*. — *Los conventos*, por D. Francisco Sánchez de Castro. — *Introducción al Otoño*, por D. José Selgas. — *Torpedos*. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel. — *Banco de España*. — *Miscelánea*.
GRABADOS.—*El Cardenal Guillermo Massaia*. — *Sépulcros de los infantes de Portugal*. — *El regreso de la emigración veraniega*. — *Un torpedero*.

LA DECENA

Mi buen criado Roque anda azorado y como sin sombra desde que vivimos en esta habitación de la planta baja de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que si bien es bastante desahogada para un inquilino como yo, sin familia ni relaciones sociales, tiene para él el inconveniente de que no le permito asomarse á la calle y echar de vez en cuando sus parrafitos con los transeuntes, como solía hacerlo en otros tiempos.

Confieso que me da pena verle tan cabizbajo y cariacontecido, por más que él no se atreva á manifestar la causa de tal abatimiento, y así, para animarle, le dije la otra mañana:

—Quisiera, Roque, pedirte un favor.

—¡Un favor!—exclamó sorprendido. —El señor no tiene que pedir favores, sino dictar órdenes á su sirviente.

—Eso estaría muy en su lugar si se tratase del servicio ordinario; pero se trata de otros asuntos que no se relacionan con las faenas domésticas y á los cuales no te obligan las cláusulas del contrato bilateral que verbalmente celebramos cuando yo te tomé por criado y tú me tomaste por amo.

—Algunos años han pasado desde entonces.

—Es verdad, y algunos berinches me has hecho pasar durante esos años... Pero dejemos esto aparte. El favor que quería pedirte es el siguiente: una vez que no he podido recabar de ti que renuncies á tu pícara afición á la lectura de periódicos, quisiera que te tomaras el trabajo (ahorrándome una parte del mío) de ir anotando en un papel aquellas noticias ó acontecimientos que te parezcan de más bulto, y con esos apuntes tendré yo mucho adelantado para escribir mi revista. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor: voy comprendiendo que desea usted mi colaboración...

—¡Hombre! tanto como eso...

—¿Por qué no se han de decir las cosas claras? Desde que ha prescindido usted de mi intervención en sus artículos... la verdad, salen algo premiosos, algo insípidos... No acierto á explicarme.

—Puede ser que no sepas explicarte, pero yo te comprendo perfectamente. No hablemos más del asunto, y ya estás enterado de lo que debes hacer.

—Pondré los medios para complacer al señor.

—Te advierto que no has de meterte en libros de caballería ni en discurrir por tu cuenta, sino concretarte á apuntar los hechos ó indicar las noticias en las menos palabras posibles. Esta es la única limitación que te pongo.



EL CARDENAL GUILLERMO MASSAIA,
Ilustre Misionero apostólico en Africa.

Este diálogo pasaba hace tres días.

Hoy llamé á mi sirviente y le pregunté si había cumplido mi encargo. Su respuesta fué entregarme unas hojas de papel, escritas en una forma extraña. Me calé las gafas, eché una ojeada sobre aquello que me había parecido una especie de inventario de almoneda y solté una carcajada que Roque soportó sin pestañear.

—La idea podrá no ser oportuna—le dije,—pero no he de negarte que es original.

—Eso ya lo sabía yo,—me contestó con cierto aire de suficiencia.—He procurado ceñirme á las instrucciones de usted, recogiendo todas aquellas noticias que me han parecido dignas de consignarse y reduciéndolas á las menos palabras posibles.

—Pero omítes, sin duda por modestia, añadir que las has agrupado y clasificado en una forma, que sólo calificaré de *pintoresca*, por no ofenderte, pero que es poco adecuada al objeto á que yo las destino. Por esta vez, te ha engañado tu buen deseo.

—El señor es muy dueño de hacer lo que guste con mi pobre trabajo, pero en mi humilde opinión, ofrece alguna novedad y vale la pena de tomarse en cuenta, mucho más en estos tiempos en que algunos escritores acuden á desenterrar noticias viejas... Yo me entiendo.

—Yo también entiendo tus sarcannerías; pero no tengo gana de recoger la alusión... En fin, veamos este parto de tu ingenio, aunque sólo sea por vía de pasatiempo.

Y empecé á leer:

«NOTICIAS AEREOSTÁTICAS.—Subió el globo del capitán Mirat: subió con él un ayudante que no debió subir, y bajó el capitán que debía haber subido. El globo llegó á elevarse hasta el segundo piso del palacio de Portugalete. No subió más porque estaba cansado y no había ascensor en la casa.

»Ha subido el vino con más felicidad que el Mongolfier... Pero ha debido quedarse en las nubes, puesto que no se le ha visto bajar.

»Ha subido el aceite, no por hacer competencia al vino, sino para acreditar que siempre queda encima.

»Ha subido la temperatura, arrojando el lastre del *veranillo de San Martín*; pero ha descendido rápidamente; lo cual no ha debido pasarnos de admiración, pero nos ha dejado fríos.

»Subieron á la torre de una iglesia, en un pueblo de la provincia de Valencia, algunos concejales sin necesidad de globo,

y bajaron con mayor velocidad, porque les ayudaba en su descenso el peso de los badajos de las campanas. Estas se quedaron mudas de asombro, pero la amputación de los badajos da mucho que hablar.

«Ha subido en Septiembre la cifra de defunciones en Madrid á 1.367, pero ha bajado la de nacimientos á 1.225. Siguiendo esta proporción, á la vuelta de algunos años subirá la población de la Corte á la altura de la de Vacía-Madrid.»

**

«NOTICIAS TRISTES.—Hasta la fecha han muerto del cólera en España 97.600 personas.

«La epidemia ha desaparecido por completo de Madrid y de muchas otras provincias y tiende á desaparecer de las restantes...»

—Aquí te has equivocado, Roque, clasificando esta noticia entre las *tristes*.

—No, señor; esa noticia será alegre para usted y para mí y para la inmensa mayoría de las gentes, pero es triste y muy triste para los médicos, boticarios, practicantes, fumigadores, etc., etc.

—Tienes razón, todo es relativo... Sigamos.

«Pronto empezarán las grandes plantaciones de árboles en los alrededores de la Corte, con el importe del donativo hecho al efecto por el Marqués de Urquijo.»

—Tampoco comprendo por qué ha de ser *triste* esta noticia.

—Pues yo creo que es bien triste que una mejora tan útil, tan bella y tan higiénica no haya podido plantearse hasta que el generoso Marqués nos la ha dado de limosna.

—Puede pasar la explicación... Sigo leyendo.

**

«NOTICIAS FESTIVAS.—Varias puñaladas.

«Dos suicidios.

«Frascuelo herido en una mano por el quinto toro.

«Un padre dado al espiritismo quiso bautizar canónicamente á su hijo con el nombre de *Reflejo inspirado*; el cura no consintió en que se pusiesen *notes* á la criatura.

«Pulguita y Mazzantini corneados en Albacete.

«Cuatro robos con fractura.

«Una fractura de brazo... sin robo.

«Pendencias y borracheras, que empezaron por copas, siguieron por palos y terminaron en la prevención y en el hospital.»

—Esto no tiene pies ni cabeza, señor Roque. ¿Noticias *festivas* llamas á esa serie de acontecimientos lamentables ó dignos de severa censura?

—Naturalmente: como que todos ellos han ocurrido en *días festivos* ó con ocasión de *fiestas populares*.

—Eso es discurrir á lo Roque... Veamos si has sido más afortunado en las siguientes clasificaciones.

**

«NOTICIAS DEL EXTERIOR.—En Francia anda la marimorena.

«En Rumelia, Grecia y Turquía anda la mari-moruna.

«Se están revocando, de orden superior, muchas fachadas de casas en Madrid.

«Entretanto, el exterior de muchos edificios del Estado ofrece tan mal aspecto como la cuestión de Oriente. Si el Gran Turco viniese á Madrid y viera las fachadas del Ministerio de Fomento, de la Casa de la Villa, de la Dirección de la Deuda, se creería transportado á las más inmundas callejuelas del barrio de Pera; y si se le colocase frente al edificio donde radica el Gobierno civil, exclamaría probablemente: *Allah es grande, y después de Allah, no hay nada tan grande como la suciedad de esa fachada.*»

**

«NOTICIAS VERDES...»

—¿Qué es esto?—dijo á Roque, interrumpiendo la lectura.—¿Te permites cuchufletas y narraciones indecorosas?

—¡Dios me libre!—se apresuró á contestar.—¿Se había usted figurado, amo mío, que había yo de sal-

tar por encima de las consideraciones debidas al público, como si se tratase de alguna pieza teatral ó de algunos *cuñados*, ó como se diga, de los que se cantan delante de las señoras en los coliseos de Madrid? No, señor; prosiga usted leyendo y no me confunda con ciertos autores cómicos.

—Bien, hombre, bien; perdóneme y sigamos la lectura.

«Se va á hacer un jardín en el solar de la que fué iglesia de Italianos.

«Da gusto ver cómo crece la hierba en el terreno donde se levantará (cuando crezca) el edificio que llamarán nuestros tataranietos «Biblioteca y Museo Nacionales.

«Se proyecta un jardín en la calle de Sevilla, y probablemente será á la *inglesa*. ¿Cuándo se verá el Municipio libre de *ingleses*?

«Va á establecerse un gran mercado de flores y plantas en los jardines de Recoletos.

«Gayarre cantará durante esta temporada en el teatro Real.»

—¿Haces favor de decirme qué tiene que ver con las noticias *verdes* la del ajuste de Gayarre para el regio coliseo?

—Tiene mucho que ver, así como Gayarre tiene mucho que oír, y la empresa mucho que pagar, y el público mucho que aplaudir.

—Nada, que no lo entiendo.

—Pues escriba usted debajo de esa noticia: *están verdes*, y verá como la entiende.

—Eso es sobra de malicia y falta de ingenio por tu parte... Adelante.

**

«NOTICIAS DEFICIENTES.—En la plaza de toretes de Vallecas se dispone una becerrada, para con su producto socorrer á los cuatro industriales más perjudicados en el incendio de las Américas. No se dice qué otra corrida se proyecta para auxiliar á los lidiadores que puedan salir perjudicados por las astas de los toretes en esa función benéfica.

«Se trata en el Ayuntamiento de la construcción en la plaza de Santa Ana de un gran teatro Nacional, digno del objeto á que se consagra. Falta que se vaya pensando en construir autores, actores y actrices dignos del gran teatro que se proyecta.

«Se ha mandado suprimir las cantinas de los establecimientos penales. La noticia queda incompleta mientras no se diga cuántos días durará la supresión.»

**

«NOTICIAS DE NIGROMANCIA.—Un cartero de Barcelona ha sido detenido, porque al hacer el apartado cerca de una ventana, *echaba las cartas*... á un individuo de malos antecedentes.

«No existen revendedores de billetes para los espectáculos públicos y, sin embargo, se adquieren billetes fuera de los despachos: esto es cosa de magia.

«En Sevilla ejercía de mendigo un caballero, es decir, un sujeto que era pordiosero de palabra y capitalista de obra, ó lo que es lo mismo, que era pobre sin vergüenza en el texto y rico vergonzante por el forro, puesto que entre el forro de la chaqueta se le encontraron *siete mil reales*. Si esto no es brujería, que venga un ciego y lo vea.

«Un vocal de la Junta de Salubridad del barrio del Conde-Duque se ha dejado casi morir de hambre, mientras repartía entre los necesitados de la demarcación los bonos de comestibles que recibía de la Junta. Esta clase de portentos mágicos no salen de la *varita de las virtudes*, sino de la vara milagrosa de la virtud.»

**

«NOTICIAS BELICOSAS.—La langosta ha declarado la guerra á nuestros campos en varias provincias, proponiéndose exterminarlos.

«El Ministerio de Fomento ha nombrado ya los generales que han de emprender la campaña contra los insectos, empezando por la provincia de Toledo, hasta el total exterminio de la langosta. Lo que hace falta es que el exterminio de la una no venga detrás del exterminio de los otros.

«La filoxera ha invadido el Ampurdan, saquea el vino en rama, atemoriza á los viticultores y se pasea como en país conquistado.

«El cólera no se da aún por vencido en algunas comarcas, y aunque se bate en retirada, ocasiona sensibles bajas en las masas inermes y mantiene la alarma y la intranquilidad en los espíritus.

«Tenemos, pues, muchas campañas á que atender: campaña contra el cólera, campaña contra la filoxera, campaña contra la langosta, campaña contra la miseria... ¡Dios nos saque con bien de tanta campaña!»

**

«NOTICIAS DE GOLLERÍAS.—Un sujeto de Monteagudo perdió á su esposa víctima de la epidemia, á los quince días de casado, y vió además morir á otras personas de su familia. Buscando lenitivo á sus pesares, se entregó á ejercer la caridad entre sus convecinos, y enterró por sus propias manos *doscientos treinta* muertos del cólera. Se vió atacado él mismo de la terrible enfermedad, y sin hacer caso de ella, prosiguió desempeñando su fúnebre tarea. Pues bien, ¿creerán ustedes que ha habido personas que, sin pedirlo él, han reclamado que se le pague?

«Viceversa: en una casa de campo yacía insepulta desde hacía diez días una mujer muerta del cólera. Un individuo se ofreció *generosamente* á darle sepultura, previo el pago de su jornal, que se estipuló en 1.900 reales. El hombre cumplió su obligación como pudo, es decir, fué empujando el cadáver, metido entre dos colchones, hasta un pozo próximo, donde lo sepultó sin más ceremonias. Y todavía se quejaron y protestaron las personas que tuvieron conocimiento del hecho. El desinteresado sepulturero dice, y con razón, que esas personas querían sin duda gollerías.

«No sabiendo ya qué pedir, piden algunos insaciables y recalcitrantes censores de la pública administración: que se pongan cierres en las bocas de riego que no los tienen; que se pongan asimismo en las bocas de los perros callejeros; que se cohiba, hasta cierto punto, la libertad de blasfemar públicamente; que se repriman los erupciones de impiedad, de deshonestidad y de inmoralidad que se arrojan al público desde algunos escenarios; que se cierren las tabernas después de media noche... La mar de gollerías.»

**

«NOTICIAS DE CRÍMENES Y DESGRACIAS.—(Véase *Noticias del infierno*.)»

**

«NOTICIAS DE SENSACIÓN.—Se ha inutilizado para la lidia uno de los mejores toros de la eminente ganadería de Monteclaro.

«Los dependientes de la autoridad sorprendieron un gran saco, llevado á hombros por un sujeto que *pudo ser habido*... y lo fué en efecto. Metieron la mano en el saco y la retiraron ¡horror! manchada de sangre... todavía caliente ¡horror tres veces! Aquella sangre era de un sér ya cadáver, pero que, según todos los indicios, había sido *ser viviente* antes de morir ¡siete veces horror! ¿De quién era aquella sangre? ¿De quién era aquel cuerpo inanimado? De un ternero degollado clandestinamente en las sombras de la noche.»

**

«NOTICIA INVEROSÍMIL.—Mi amo D. Blas enviará á la imprenta este modesto trabajo de su criado Roque, sin echarle á perder con enmiendas y correcciones, siquiera para demostrar que el autor es *incorregible*.»

—Pues mira, Roque—dije arrojando el manuscrito sobre la mesa;—siquiera para desmentir la única noticia sensata que has escrito, vas á llevar ahora mismo estas cuartillas al Director de LA ILUSTRACIÓN, y si tiene bastante anchura la manga para darlas el *exequatur*, tú tendrás el gusto, poco envidiable, de verlas dentro de tres días en letras de molde.

—¿De veras, señor?—exclamó Roque alborozado.

—Como lo estás oyendo. Mas por si acaso el Director pusiese algún reparo á aceptar tu firma, desconocida entre los colaboradores de la Revista, te prestaré la mia por esta vez; pero que conste que no es más que una firma de *conocimiento*, como la que se pone en las letras de cambio.

— Perfectamente; esto equivale á lo que se practica en el comercio marítimo, según he oído á usted algunas veces, y que ahora no me viene á la memoria.

— Eso es, *el pabellón cubre la mercancía.*
BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



El suceso más importante de la última decena ha sido el resultado de las elecciones en Francia.

Todavía no pueden precisarse las cifras, pero las más probables son las siguientes: 186 conservadores ó monárquicos; 134 republicanos y 215 empates, que han de resolverse en segundas elecciones.

El resultado ha sido tan favorable á los monárquicos, que ni el Gobierno actual, ni otro nacido del radicalismo podrán sostenerse con esta Cámara.

¿Qué sucederá? No nos toca á nosotros el formular juicios; bástanos el consignar los hechos.

A propósito de las elecciones de Francia, un diario de París refiere un hecho, que bien puede ser uno de tantos avisos como da la Providencia á los hombres incrédulos que cierran los ojos á la luz de la fe.

Recientemente en una reunión pública celebrada en Pontivy, el doctor Gressy, candidato republicano y librepensador, exclamaba: *Es preciso aplastar la religión.*

El domingo, día de las elecciones, el mismo doctor Gressy moría aplastado por una carreta.

La cuestión de Oriente está en suspenso, si suspensión puede llamarse el estado de la Turquía europea.

La conferencia diplomática reunida en Constantinopla ha propuesto los medios de evitar la guerra; pero es de temer que los paños calientes no calmen la irritación de los ánimos en los estados cristianos del Imperio turco.

Si se hubiera acudido al principio de la sublevación hubiese sido más fácil atajar el incendio; pero cuando Grecia está armada hasta los dientes; cuando Servia tiene un ejército movilizado en la misma frontera y ha llamado á las segundas reservas; cuando, digan lo que quieran algunos despachos sobre la actitud del Gobierno ruso y del austriaco y del alemán, ni la Conferencia, reunida tarde, ha podido detener los preparativos bélicos del rey Milán y del rey Jorge; cuando de un momento á otro puede recibirse la noticia de que los serbios han cruzado la frontera, ¿cómo se evita la guerra ni cómo se circunscribe?

He aquí otra pregunta á que no podemos responder. El tiempo nos dará hecho este trabajo. Por hoy esto es cuanto tenemos que decir, resumiendo lo que se sabe de la marcha de la cuestión de Oriente.

¿Cuánto se ha dicho y escrito contra la expulsión de los judíos y moriscos de España, germen de revueltas y manantial de crímenes, que los Católicos Reyes de España procuraron arrojar de sus dominios para tranquilidad de sus súbditos! Y los que tanto han condenado estos hechos han sido los corifeos de la revolución, discípulos del protestantismo, mostrándose defensores de la libertad de creencias y de la tolerancia más omnívota.

Pues bien, oigan nuestros lectores esta noticia, que la prensa revolucionaria procura ocultar cuidadosamente á sus lectores para no quedar desarmados contra los Católicos Reyes que expulsaron de España á los judíos y moriscos.

El día 1.º del mes actual ha terminado el plazo para el cumplimiento del decreto de expulsión dado por el Gobierno de Berlín contra los polacos del Ducado de Posen.

Multitud de familias han tenido que abandonar sus hogares y el suelo en que reposan las cenizas de sus padres y abuelos.

Ahora bien, los que han inspirado el decreto y los que con verdadera crueldad lo cumplen son los protestantes, que tanto han clamado contra la expulsión de los moriscos y judíos decretada por nuestros antiguos reyes, y los que maldecían la memoria de Luis XIV, al recordar que este soberano francés revocó el famoso edicto de Nantes.

¿Qué lección para los infelices que aun creen en la historia liberal y protestante, calumniadora de los reyes cristianos, conjunto de fábulas y mentiras que han ofuscado á muchas inteligencias!

Algunos periódicos franceses y muchos belgas publican largas reseñas del Capítulo general celebrado este año en Lovaina por los RR. PP. Dominicos desde el 14 al 24 de Septiembre, bajo la presidencia del Rdm. P. La Roca, nuestro insigne compatriota, General de la Orden de los hermanos predicadores.

El Capítulo que lleva el número 247 ha estado muy concurrido. El superior del convento de Lovaina puso á disposición de los padres llegados de todas las partes del mundo hasta 50 celdas.

Los capítulos generales representan la más alta autoridad en la Orden. Estas asambleas gozan de la plenitud del poder legislativo. Sus acuerdos tienen fuerza de ley y no pueden ser revocados sino por otro capítulo general ó por la Santa Sede.

Según un decreto del primero de estos capítulos, celebrado en 1220 bajo la presidencia de Santo Domingo, estas asambleas debían celebrarse alternativamente en los dos grandes conventos de San Nicolás de Bolonia y Santiago de París.

En 1611 se celebró un capítulo general en París, donde no se había celebrado ninguno desde 1343, es decir, desde hacía más de dos siglos y medio. Si se exceptúa el celebrado en 1628, el de 1343 fué el último que se verificó sobre territorio francés.

Durante todo el siglo XVIII no hubo más que seis capítulos.

Durante la primera mitad del siglo presente no hubo más de tres.

En 1862, un decreto de Pío IX, ampliado después por las disposiciones adoptadas en el capítulo de Roma en 1868, restableció la celebración de esos capítulos cada tres años.

Bajo el generalato del P. Jaudel no hubo más que dos capítulos en Roma (1862 y 1868), y el tercero en Gante.

El capítulo que acaba de celebrarse hará por consiguiente época en la historia de la Orden dominicana.

La apelación á la Santa Sede de los Gobiernos de Alemania y España en el asunto de las Carolinas, comienza á producir saludables efectos.

Saben nuestros lectores que á consecuencia de un acuerdo adoptado por los Estados generales, de cuya mayoría disponía en absoluto el poder masónico, fué abolida la legación que Holanda tenía en Roma.

Ahora un importante diario de El Haya, el *Daagblad*, que no es católico, se expresa así:

«Alemania y España reconocen, y no sin razón, la soberanía del Papa. ¿No sería esta buena coyuntura para que Holanda, volviendo sobre lo antes hecho, restableciese cuanto antes nuestra representación diplomática cerca del Papa?»

Quiera Dios que muy pronto se realicen los deseos del periódico protestante, porque en Holanda hace grandes progresos el catolicismo y es necesaria la influencia directa de la Santa Sede.

El telégrafo nos acaba de comunicar la triste noticia del fallecimiento del Cardenal Mac-Closkey, Arzobispo de Nueva York.

Este ilustre purpurado del título de Santa María de la Minerva, nació en Brooklyn, el 20 de Marzo de 1810 y fué creado Cardenal el 15 de Marzo de 1875.

Los trabajos de Mons. Mac-Closkey en los Estados-Unidos son incalculables; á él se deben más de cincuenta iglesias y sobre todo la magnífica catedral de Nueva York, uno de los mejores templos de la cristiandad.

Se cree que el coadjutor del difunto prelado, Mons. Corrigan, será su sucesor en la silla metropolitana de Nueva York.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 10 de Octubre de 1885.



CONTINÚA siendo aquí el tema de todas las conversaciones la mediación de Su Santidad en el asunto de las Carolinas, no hablándose ya de Palermo, de Rumania, ni de otros acontecimientos que han preocupado recientemente la opinión pública. La alegría que por este suceso ha reinado entre los católicos, sólo es comparable al estupor y al despecho mal disimulado del campo liberal. Hubo días, sin embargo, en la última decena, en que tuvimos bastante zozobra y recelo también los católicos, particularmente españoles, pues anunciaron los periódicos que ya no era cierto lo de la mediación de

Su Santidad, y, desgraciadamente, la prensa de España parecía dar visos de verdad á esos rumores, indicando que la mediación del Papa era condicional y para el único caso de que Alemania y España no se pusieran de acuerdo directamente. Tuve ocasión de conocer las impresiones que producían estos rumores en los altos círculos del Vaticano, y, aunque no parecía allí confirmarse el carácter de condicional para dicha mediación, puesto que ya se habían entregado documentos relativos al asunto en que debe el Papa mediar, puedo asegurar, sin embargo, que Su Santidad se felicitaba de que las dos naciones contendientes llegasen más pronto al apetecido acuerdo.

No me extraña abrigara estos sentimientos el magnánimo corazón de León XIII, quien desde un principio declaró que no aceptaba sino el papel del amigo pacificador; pero, además de la menor importancia que hubiera tenido un arreglo directo, francamente, parecíanos que no resultaba muy airoso la situación del Papa, y, claro es, nos pesaba contribuyera en ello nuestra católica España. Hoy vuelven á asegurar que efectivamente tendrá lugar la anunciada mediación, y no falta quien achaque á Italia la culpa de las contradicciones de los días pasados, ya suponiendo que muchos telegramas se hayan forjado aquí en las oficinas ministeriales, ya indicando que, en cuanto los días pasados parecían ahogar su despecho y poner buena cara al mal tiempo, estaba trabajando para impedir se llevara á efecto la referida mediación. Por si tiene fundamento la noticia de que el Canciller de Berlín, contrariamente á lo ofrecido, ya no quiere desistir de sus pretensiones, y hasta pone en duda la prioridad de nuestra ocupación de Yap, no parece atrevido suponer que el Gobierno del Quirinal ha logrado dificultar algo más la misión del Papa. No por eso desmaya, antes bien, cobra nuevos alientos, el augusto mediador y la Comisión de Cardenales que estudian con él el importante negocio sometido á su resolución. Efectivamente, la intervención pontificia era la más indicada, pues bien claro aparece que nuestros monarcas, al preparar los descubrimientos de nuevas regiones, fueron siempre llevados por el deseo de extender, junto con el de España, el imperio del Santo Evangelio; circunstancias harto dolorosas quizá hicieron flojear algo á nuestros Gobiernos en la continuación de su tarea eminentemente civilizadora; pero ¿quién sino el Papa, tiene mejor derecho para despertar otra vez el celo de la civilización cristiana? Cabalmente en estos días me ha ocurrido leer la Colección de Breves y Cartas de Clemente XI, llamándome particular atención cuatro Breves directamente encaminados á preparar y fomentar la expedición de misioneros en las islas que, á no dudarlo, no son sino las Carolinas, que hoy tanto nos ocupan; en 1704, el mencionado Pontífice animaba á Felipe V á favorecer y coadyuvar al P. Serrano, jesuita, en su santo propósito de marchar misionero á las nuevas islas cercanas á las Filipinas, dirigiéndose también á Luis XIV de Francia para que influyera con su nieto, rey de España; dos años después, en 1706, el mismo Pontífice escribía otra vez á Felipe V para darle las gracias por haber concurrido, con la protección dispensada á los misioneros, á fructificar á Dios las islas cuya civilización le tenía recomendada, y bien claro indica el Papa que hasta dispuso Felipe V acompañasen á los misioneros algunos soldados. De aquí se desprende el carácter religioso de las expediciones que ordenaba España en sus posesiones de Ultramar; quisiera añadir que la mediación de León XIII va á proporcionar la ocasión de reanudar nuestras gloriosas tradiciones; pero no quiero anticiparme al fallo del augusto mediador. De todos modos, la mediación del Papa ha sido como una celestial brisa que ha venido á refrescar las esperanzas de todos cuantos confiamos en que la Providencia echará pronto una mirada de misericordia sobre la vieja Europa, haciendo que vuelva al hogar paterno de la civilización cristiana, cuyo centro y cabeza es el Pontificado romano.

Otro motivo de confianza hemos tenido recientemente con el triunfo de los conservadores de Francia, pudiéndose reconocer en él el fruto de la buena semilla sembrada por Su Santidad en su Encíclica *Nobilissima gallorum gens*: ¡Dios quiera que nuestro siglo, tan fecundo en acontecimientos extraordinarios, acabe sus días volviendo al seno de la Iglesia! Para facilitar y apresurar tal suceso, nuestro Santísimo Padre acaba de anunciar su propósito de conceder para el año próximo al mundo católico un jubileo extraordinario; en su día comunicaré el relativo decreto.

J. M.

LOS GRABADOS

EL CARDENAL GUILLERMO MASSAIA,

Ilustre Misionero apostólico en África.

Hoy, cuando tanto se elogia, y muy justamente, el patriotismo, la intrepidez y la constancia de los exploradores del interior de África, no hay que olvidarse del primer europeo, humilde fraile capuchino, que ha evangelizado por espacio de treinta y cinco años la Alta Etiopía y los ignotos países de los Galla; tal es el ilustre anciano R. P. Guillermo Massaia, creado Cardenal por el Papa León XIII en el Consistorio de 10 de Noviembre de 1884, y cuyo retrato damos en la página primera.

Nació Massaia en Piová, cerca de Asti (Italia), en 8 de Junio de 1809, y acaba de cumplir, por lo tanto, la edad de setenta y seis años; estudió en Turín, y allí también recibió el hábito de los capuchinos, que no ha abandonado en sus largas y penosas peregrinaciones por África, y que lleva todavía aun en las solemnidades religiosas, bajo la púrpura cardenalicia; fué consejero íntimo y muy estimado del Rey Carlos Alberto. Siempre humildísimo, de sencillez admirable, rehusó varias veces la mitra episcopal, y sólo por deber de obediencia aceptó, al fin, la Sede de Cassia, siendo el último Obispo que preconizó el Pontífice Gregorio XVI, en 1846.

Era un verdadero apóstol, que sentía vocación irresistible por difundir la luz del Cristianismo en las regiones africanas; y habiendo conocido entonces al célebre explorador D'Abbadie, quien se lamentaba de no haber logrado penetrar en el país de los Galla, y que le dió interesantes noticias sobre aquellas desconocidas comarcas, el P. Guillermo, que así se le llamaba, renunció al cargo episcopal que ejercía, marchó inmediatamente á África, peregrinó durante cinco años, sufriendo grandes penalidades, á lo largo de las orillas del Nilo y por Abisinia, y tampoco pudo entrar, después de tan largo exodo, en su tierra prometida, la Alta Etiopía, aunque fundó una misión en Aden y otra en la isla de Seycelle.

Regresó á Roma en 1852, para asuntos de ambas misiones, y en seguida volvió á África para llevar á cabo otra expedición más penosa, por el Nilo, llegando hasta Gassan, pero sin conseguir su objeto; y luego, sin desanimarse por el fracaso, repasó el ancho río por Goggiam, y entró por fin en Gudruc, uno de los reinos de Etiopía.

Allí desarrolló todo su celo, su evangélico ardor por la propagación de la fe y de la cultura; perseguido, desterrado muchas veces, preso en negras mazmorras, condenado á terribles penas, víctima de la barbarie de los indígenas, todo lo sufrió con el valor y la constancia de los mártires, hasta seducir á sus mismos perseguidores, que le amaron, oyeron sus predicaciones y aceptaron sus creencias; desde entonces fundó misiones, erigió iglesias y escuelas, construyó casas de beneficencia, reformó las costumbres, y fué el ángel tutelar de aquellas gentes; varias veces fué visitado por el Rey Menelik, y no vaciló en aceptar el cargo de representante de Víctor Manuel II, en la corte de aquel soberano indígena y de otros del país; merced á estas buenas relaciones, pudo prestar notables servicios á la expedición geográfica italiana que dirigía el Marqués Antinori, y de la cual formaban parte los Sres. Chiarini, Cecchi y Martini, y también favoreció á la del infeliz Matteucci.

Monseñor Massaia publicó hace algunos años la relación de los viajes y misiones, y después un *Vocabulario* y una *Gramática* de la lengua etiópica; y cuando el citado Rey Menelik dirigió á Humberto I una carta autógrafa, en Noviembre del año último, la corte del Quirinal y el Gobierno que preside M. Depretis rogaron al humilde P. Guillermo que se dignase traducir al italiano aquel extraño documento, *ed il buon vecchio* (dice el cronista Ghirardi) *lo fece cortesissimamente*.

Por obedecer y complacer á S. S. León XIII, el Cardenal Massaia está escribiendo las Memorias de sus treinta y cinco años de apostolado en la Alta Etiopía, las cuales han de ser ilustradas con magníficos grabados y cartas geográficas, y el manuscrito se conservará, después de publicado, en el archivo del Vaticano.

El Cardenal Massaia—dice el mencionado Ghirardi—es un viejo simpático, sonriente, de modales finisimos; su semblante está surcado de arrugas, sonrosado; su mirada es dulce, vivísima y llena de inteligencia; su larga barba blanca se destaca sobre el fondo oscuro del hábito de capuchino; en su mano derecha lleva constantemente un bastón histórico, al cual denomina él alegremente *il mio cavallo*, que le regaló el Rey Menelik para que fuera á visitarle con frecuencia. — (Martínez de Velasco.)

SEPULCROS DE LOS INFANTES DE PORTUGAL

En el Monasterio da Batalha.

El monasterio da Batalha es una de las obras arquitectónicas más bellas de la Europa meridional de los últimos años del siglo XV; su exterior, conjunto admirable de severos muros, ventanas ojivales, torrecillas, botareles, cornisas y balaustradas, es trabajo primoroso, de mucho gusto y habilidad consumada; su interior, el templo, revela, desde el soberbio pórtico la solemne majestad de un monumento conmemorativo, levantado en el campo mismo del combate sobre la huesa de los castellanos y portugueses que perecieron en la batalla.

Las primeras obras de la suntuosa fábrica datan del año 1388, y la restauración del edificio, todavía no acabada, se debe al rey D. Fernando, padre del actual monarca portugués D. Luis I, y según opinión general, trazó los planos el arquitecto Mateo Fernández: al fondo de la nave mayor de la iglesia, frente al retablo del altar principal, está el sepulcro del Rey D. Duarte y su mujer, en cuyo rei-

nado se cerró el ábside del templo; en la *Capilla del Fundador*, así denominada, hay dos lechos sepulcrales, que guardan las cenizas de D. Juan I y su esposa Felipa de Lancaster; el primero tiene este lema: *Il me plaît, pour bien*, y el segundo la divisa de la orden de la Jarretiera: *Homni soit qui mal y pense*; en los muros de la misma regia capilla se ven además los sepulcros de los infantes hijos de Don Juan I, en la forma que representa nuestro segundo grabado, hecho sobre fotografía directa.

Los portugueses, que llaman á la fábrica del monasterio *el triunfo de la Arquitectura*, le consideran como símbolo de la independencia y las glorias patrias.

EL REGRESO DE LA EMIGRACIÓN VERANIEGA.

La moda, más bien que la higiene, ha creado la *necesidad* imperiosa para las clases acomodadas de abandonar á Madrid durante el verano, para visitar las principales estaciones veraniegas y los establecimientos balnearios donde se citan las familias aristocráticas que constituyen la *high-life* madrileña.

Esta costumbre, lícita en los que pueden seguirla, constituye un grave peligro para el bienestar de muchas familias que sacrifican á las exigencias del *qué dirán* los recursos más indispensables del hogar doméstico, abriendo ancho campo á los empréstitos ruinosos, que acaban muchas veces con fortunas muy respetables.

Pero, sea de esto lo que quiera, el hecho es que la costumbre va en aumento, y que cada día es mayor el número de familias que salen de la Corte, constituyendo una verdadera emigración como la de las golondrinas, que siguen el curso de las estaciones.

Ahora comienza el regreso de estas bandadas de golondrinas, que han visitado durante el verano las frescas comarcas del Norte. Nuestro grabado representa la llegada de una familia aristocrática á sus cuarteles de invierno, cuadro de una verdad patente, como puede comprobar cualquiera que recorra estos días los barrios más aristocráticos de esta capital.

Pasó el verano, y las golondrinas vuelven de su emigración septentrional á los ardientes salones de la Corte.

UN TORPEDERO.

Bajo la apariencia más inofensiva, el torpedero es la máquina de guerra más formidable que se ha inventado en este siglo.

Una embarcación de 33 metros de larga, sobresaliendo solamente un metro á flor de agua, y no viéndose más que una superficie convexa de hierro batido, cortada por un puente de dos pies cuadrados, es todo lo que se presenta á la vista. Si se baja á la embarcación, se ve primero una cámara provista de dos tubos de proyección, al lado de los cuales están suspendidos los torpedos Whitehead, especie de proyecciones oblongas, cilindros de 2 m, 40, que terminan en cono por un lado, y por el otro en hélice; después de esta cámara se ve el puesto del timonero, y detrás de él al teniente de navío, capitán del torpedero, colocado dos escalones más arriba. Los dos están á cubierto de la intemperie, porque les cubre la cubierta de hierro, que tiene varios tragaluces para poder ver el camino que hay que recorrer. Después se divisan las dos chimeneas más arriba de la máquina, y el puesto del comandante y de los maestros, situados en popa.

Esta cáscara de hierro contiene 12 hombres y el capitán.

En virtud del mecanismo automotor, el proyectil lanzado va solo sobre el enemigo con una velocidad de 40 kilómetros por hora.

El torpedero cuyo grabado damos, pertenece á la categoría de los medianos.

Para facilitar su viaje terrestre, se le ha provisto de cuantos medios se han creído necesarios; y, en efecto, su enemigo, que sabe que si es muy temible también es muy vulnerable, aprovecharía el menor descuido; así es que tiene que hacer todos sus movimientos á tiempo: un minuto de retraso le originaría la muerte en vez de llevarle á la victoria.

EXCURSIÓN Á LA SIERRA DEL ALTO-REY

VII



En la vertiente meridional de la larga sierra Carpeto-vetónica, que separa á ambas Castillas, próximo al punto en que se tocan los límites de las tres provincias de Segovia, Soria y Guadalajara, y dentro del territorio de esta última, álzase como gigante monumento de aquella colosal naturaleza el cerro del Alto-Rey, cuya elevada cumbre se divisa desde veinte leguas en derredor. La historia del país le menciona en sus páginas de gloria, la tradición le ha prestado sus ideales encantos, la Religión lo ha santificado con sus cruces y sus altares, y hasta la codicia lo ha enriquecido con fantásticos tesoros encerrados en sus entrañas. Desde los días de mi niñez ardía yo en deseos de visitarle.

Frescos están en mi memoria los recuerdos de aquellas apacibles tardes de invierno, en que desde los cerros que circundan mi ciudad natal contemplaba con ojos de extraña curiosidad la cima del Alto-Rey, cubierta de nieve, semeando inmenso

tímulo de alabastro donde el sol se sepultaba entre una auréola de rojizos resplandores.

El deseo de mi infancia iba á verse pronto satisfecho. El pueblo de Albendiego, donde había llegado después de ocho leguas de camino, está situado á su pie y se envuelve en su inmensa sombra cuando el sol se halla próximo á ocultarse del horizonte.

Dos días enteros destiné á recorrer los pueblos cercanos á Albendiego, recogiendo en tan grata excursión rico botín de observaciones y de ideas, que antes de la ascensión al Alto-Rey merecen llenar un hueco en la crónica de mi viaje.

Yo no he visto paisajes más melancólicos que los que ofrece por doquiera este rincón de España, ni costumbres más morigeradas y sencillas que las de sus rústicos y pobres moradores. Los pueblos son de corto vecindario, las casas que los forman humildes chozas de piedra y lodo cubiertas con hojas de pizarra negra, y los campos que los rodean tierras áridas, en su mayor parte, que apenas bastan á soportar la leve carga de cereales que en ellas se siembran. En otro tiempo tenían estos pueblos extensos pinares, á cuya sombra verdaderamente vivían, pues de las maderas y pinochos sacaban una utilidad no escasa para atender á sus cortas necesidades. Hoy estos pinares casi puede decirse que han desaparecido, pues se necesita internarse mucho en la sierra para encontrar esos árboles gigantes, con cuya madera se cargaban las pesadas carretas de bueyes, que han sido desde antiguo los trenes característicos de los habitantes de este país. Gracias que los mermados pinares provean aún de maderas los rústicos talleres de los serranos, que en su mayor parte se dedican á la carpintería, dejando encomendadas á sus mujeres las rudas tareas de la labranza.

Y esta noticia me lleva como de la mano á pintar en breves rasgos las costumbres originales de los serranos del Alto-Rey.

Antes de sacar á éstos á la escena conviene vestirlos al uso del país, pues no es dato despreciable, para marcar el carácter de un pueblo, el traje peculiar de sus individuos. Visten los hombres calzón de paño pardo con chaqueta de lo mismo, media azul de lana, albarcas de cuero ceñidas con correas hasta más arriba del tobillo, y ancho sombrero negro, que un día fué montera en forma de mitra. Las mujeres usan saya amarilla y corta, un justillo de colores vivos que les ciñe la cintura, pañuelo corto al cuello, albarcas como los hombres á los pies, y otro pañuelo chillón á la cabeza recogido por la parte de atrás junto á la atadura del moño.

He dicho que las mujeres son las que ejecutan las labores del campo, y en efecto, desempeñan ellas un papel tan activo en la vida económica de estos pueblos, que son las que, en cierto modo, les dan animación y carácter.

Cualquier persona de cauteloso juicio daríase por satisfecha para explicar esta costumbre, propia de la *Isla de San Balandrán*, con fijarse en las tareas de los serranos, que les exigen larga y asidua permanencia en los talleres de su oficio; pero yo, que por singular manía de mis aficiones históricas, no quedo satisfecho con la solución de estos problemas biológicos (como ahora se dice) si no les busco su abolengo en los antiguos tiempos y obtengo de este modo la sanción de los siglos, he pensado que esta costumbre puede muy bien traer su origen, como ya ha indicado un autor, de los días de la Reconquista, en los cuales dominado este país por caballeros templarios, los hombres vivían al servicio de los señores y sólo las mujeres levantaban las cargas de la familia. Parece confirmar este juicio la repetición de la misma costumbre en otras comarcas donde las Órdenes militares marcaron muy profundamente la huella de su espíritu belicoso.

En los pueblos del Moncayo, donde la Orden de San Juan imperó por mucho tiempo, consérvase también esta costumbre, y no es difícil encontrarla en otras comarcas de España donde los hombres no se dedican á la carpintería y el ejercicio de esta industria no puede servir de explicación al fenómeno de que se trata. Convengamos, pues, en la venerable antigüedad de la costumbre, que causas muy diversas han podido influir en que se conservase hasta nuestros días, incluyendo como la principal la habitual ocupación de los hombres que queda mencionada. El hecho es, repito, que las mujeres en la sierra del Alto-Rey son el elemento más activo de la población, el brazo robusto que maneja el timón de sus casas y el tipo más característico de aquellas sierras pintorescas.

1. He tomado esta noticia de las cartas de Becquer, escritas en Veruela, en las cuales se describen las costumbres de los pueblos del Somontano, que ofrecen un exacto parecido con las que estoy reseñando.



VIII

Recuerdo un hecho que pinta perfectamente el carácter de estas mujeres de espíritu varonil y de honrada y alegre condición.

Serían las ocho de la noche cuando me hallaba sentado á la puerta de la posada de Albendiego conversando con mis compañeros de viaje sobre la vida penosa de aquellas pobres serranas, que abrumadas bajo el peso de los haces de gamones que traían del campo, para dar de comer al ganado, iban llegando al pueblo por diversos caminos. Ponderaba yo el espíritu de sacrificio de esas buenas madres, que por dar de comer á sus hijos un pan negro y duro como un canto¹, trabajan en tareas rudísimas, impropias de su sexo débil. Un serrano que oía nuestra conversación hubo de interrumpirnos con estas ó semejantes palabras: «De poco se admiran ustedes, señoritos; estos trabajos que ustedes presencian son tortas y pan pintado con los trabajos del invierno. ¿Qué dirían ustedes si viesan en el rigor de esa estación crudísima, cuando la nieve cubre toda la comarca, salir de sus casas á las mujeres con un hachuelo al hombro á las diez de la noche para ir á los pinares de Condemios, que distan de aquí más de dos leguas, á cortar pinos para dar de comer al ganado?» No dejó de extrañarme la frase de pinos de luna, y le pregunté lo que por tal cosa se entendía. «Llamamos pinos ó pinos de luna, me replicó, los que furtivamente se cogen en los pinares de otros pueblos, pues por escapar á la vigilancia de los guardas se van á cortar de noche, casi siempre á la luz de la luna.» De las noticias de aquel serrano saqué nuevo motivo para admirar la laboriosidad de las pobres serranas, cuya vida es una verdadera cadena de amargos sufrimientos. Y decía á mis amigos: ¡Cuán inmensas desigualdades hay en el mundo! Mientras estas pobres mujeres arrastran con varonil esfuerzo las infinitas contrariedades de esa vida tan escasa de bienes como llena de padecimientos, otras mujeres, no más hijas que ellas de Dios ni más herederas de su gloria, viven en nuestras grandes ciudades rodeadas de todas las comodidades de la opulencia y de todos los goces de un gusto refinado. Y ponía ante los ojos de mis amigos dos cuadros, bosquejados ya por Becquer en las escabrosidades del Moncayo, el cuadro del teatro Real en una noche de estreno y el de los pinares del Alto-Rey en una noche de luna. Allí sedas y pedrería, molice y lujo, decoraciones brillantes y melodías arrebatadoras; aquí pobreza y hambre, sufrimientos y dolores, soledad medrosa y silencio aterrador.

Y ante estos paralelos yo, hombre mundano al fin, me olvidaba de la Providencia y lamentaba esas desigualdades de la vida, y esas, al parecer, imperfecciones del mundo.

Pero cuando me hallaba en tales pensamientos abismado, oí el alegre y sonoro redoble de un tambor, no lejos del lugar en que nosotros descansábamos. Interrogado sobre esta novedad el serrano que con nosotros estaba, me dijo que era la llamada al baile, fiesta casi diaria y nocturna de las mozas del pueblo, que al venir del campo buscan en esta bulliciosa algazara el descanso de sus rudas fatigas. Estas palabras me hicieron inclinar la frente ante la divina Providencia, de cuyos adorables designios acababa de dudar. Verdaderamente, exclamé, que hay en el mundo grandes desigualdades, pero también existen admirables compensaciones.

En efecto, no puede imaginarse qué carácter tan dulce, qué alegría tan inocente y candorosa, qué satisfacción tan completa reflejan los rostros de estas pobres mujeres, curtidos por el sol y las lluvias. Sus canciones son alegres y expresan toda su satisfacción y su contento por la vida laboriosa a que se dedican, para ganarse el pan de cada día. Recuerdo haber oído en la plaza de Albendiego el siguiente cantar, que si por su forma literaria no es notable, lo es y mucho para las presentes observaciones:

Más vale una serranilla
Criada entre chaparrales,
Que cuatrocientas vegeras²
Con rizos y farfalaes.

Esta es la satisfacción de la propia conciencia, la altivez si se quiere de un alma que se siente ennoblecida por la virtud y el sacrificio. La pobre serrana que después de rudas fatigas de ocho ó diez leguas de camino, aterida de frío y empapada en la lluvia, llega á su casa con una peseta para dar de comer á sus hijos, que salen á recibirla con caras

de hambre, es incomparablemente más feliz que esas damas de la corte envueltas en terciopelos y sedas, pero devoradas interiormente por el orgullo, la envidia y cien otras pasiones miserables. ¡Cuán cierto es que la felicidad no está en el dinero! La virtud, el trabajo, el amor, la piedad, son las únicas bases de la felicidad del hombre. ¡Dichosos los pueblos que guardan y practican estas cristianas máximas, y mil veces desdichados los ciegos perseguidores del oro y de la plata!

IX

Pero dejémonos ya de consideraciones morales y emprendamos de nuevo el camino de la historia y del arte, por largo tiempo abandonado.

La iglesia parroquial de Albendiego, que lleva el título de *Santa Coloma*, hallase situada á un kilómetro del pueblo, y tanto por su situación como por los venerables vestigios de antigüedad que conserva, es digna de consideración y de estudio. La tradición asegura que hubo allí en tiempo de los moros un monasterio de templarios, y que las ruinas que aun subsisten próximas á la iglesia son restos de la construcción antigua. Nada dice la historia, mudos están sobre este punto los archivos, y sólo al lenguaje del arte monumental hay que acudir para la solución de este problema.

La iglesia de *Santa Coloma* es en su mayor parte romano-bizantina, y no temo aventurarme al asegurar que obra de la segunda mitad del siglo XII. El ábside, sobre todo en su parte exterior, es bellísimo por los grandiosos ventanales de triples archivoltas que le adornan y los prominentes modillones de la cornisa que descansa sobre columnas que en el intermedio de las ventanas se levantan. El resto de la iglesia ha sufrido posteriores reformas, y la puerta principal es obra del siglo XV, si bien despojada de ornatos, pues sólo conserva una moldura que guarnece la ojiva que la caracteriza. El techo de la iglesia es de madera, y á ambos lados del arco toral se abren dos ojivas que dan paso á dos capillas góticas, pequeñas y oscuras, y sin otra cosa notable que su solidez y su traza. El altar mayor es antiguo y le adornan tablas alemanas de no despreciable mérito. La imagen de Santa Coloma es de piedra, y obra tal vez de los siglos XIV ó XV, á juzgar por la vacilación que se observa en el buril del artista, atraído sucesivamente por la severa rigidez del gusto gótico y la mayor desenvoltura de la escuela del Renacimiento.

Ahora bien: ¿la iglesia de Santa Coloma perteneció, como dice la tradición, á los caballeros templarios? Es muy posible. Las ruinas de un monasterio subsisten, la grandiosa iglesia — pues tal debió ser en su origen — revela un gusto artístico y un brazo rico y poderoso no formado en aquellas sierras inclementes. Esta iglesia, además, con sus cuantiosos bienes, perteneció hasta la época de la desamortización al cabildo de Sigüenza, constituyendo la abadía de Santa Coloma, aneja á una canongía del mismo; sabido es que cuando en 1312 fué suprimida en España la Orden militar del Temple, sus extensos territorios fueron incorporados, parte á la Corona y parte á la Iglesia, de modo que este dato parece venir á confirmar la tradición, por sí misma siempre respetable.

Hoy la iglesia de Santa Coloma es una pobre parroquia, falta de ornamentos, casi ruinosa, deslucida y cubierta de telarañas, triste recuerdo de mejores tiempos y de inmortales glorias, roto blasón de nuestra nobleza heroica. Al contemplar á Santa Coloma en situación semejante, acudieron á mi memoria unas palabras elocuentes que había leído en mi niñez sobre el trágico fin de los templarios.

«¡Sólo las ruinas y los vestigios solitarios, representan hoy aquella opulenta milicia que poseyera diez mil alcázares desde el Tabor á las columnas de Alcides...! Los señores de lugares, fortalezas y vasallos, los compañeros de armas de Alfonso VIII y Jaime el Conquistador, los soldados de las Navas y Valencia del Cid, los que tremolaron el oriflama español en las murallas de Cuenca, en los adarves de Sevilla y en los minaretes de Mallorca, los que extendían su vencedora espada desde Lisboa á Jerusalén...! hoy son una sombra perdida en la noche de la eternidad! Ya el blanco manto de aquellos señores no cubre la ciudad Santa; ya no se oye su canto de victoria sobre el sepulcro del Señor; ya, en fin, su roja cruz no sirve de lábaro caballeresco á toda la cristiandad, y á su grito de batalla no se desploman las mezcitas de Ismael ni se regocijan los collados de Sión.»

X

Desde Santa Coloma fuimos á Híjes, pueblo de corto vecindario, y en cuyo término, según mis no-

ticias, fácilmente se descubren sepulcros antiguos. Sólo uno logramos exhumar después de minuciosas excavaciones en un campo sembrado de patatas, donde, según los labradores del pueblo, con frecuencia salen al empuje del arado cacharros de barro y baratijas de hierro. Casi á flor de tierra se descubría el pico de una losa enorme que, hincada de punta, daba claro indicio de la existencia de un sepulcro. Junto á esta piedra y á una vara de profundidad, descubrimos una olla de barro fino, bien cocido, dentro de la cual y mezcladas con tierra se veían las cenizas del difunto. La olla estaba encajonada entre cuatro guijarros. Levantados estos objetos se continuó la excavación, y á un pie de profundidad aparecieron envueltos en espesa capa de tierra los siguientes objetos que, muy á duras penas, logramos desprender de aquel informe terruño amasado por los siglos: dos lanzas de dos filos, de 22 centímetros de longitud la hoja y 3 por su parte más ancha, reforzada ésta por un nervio que de extremo á extremo la atraviesa; una hoja de hierro encorvada hacia el corte, de 12 centímetros de larga y 2 de ancha; que tiene la apariencia de un cuchillo, y por último, dos anillas engarzadas en unos botones de hierro que indican haber pertenecido al broche de algún cinto de cuero.

Aspiraba yo á descubrir alguna moneda que nos diese clara noticia del abolengo de aquel humilde sepulcro; pero fué imposible. Los trabajadores que teníamos ocupados en la excavación la prosiguieron en distintos puntos de la heredad sin obtener ningún fruto, y nosotros nos retiramos á descansar á una cueva que, abierta á pico, en una roca próxima se descubría. En el interior de aquella cueva, donde los caballos, los perros y nosotros cabíamos con desahogo, cueva sin duda de tan venerable antigüedad como los sepulcros que á su proximidad existen, púseme á pensar en la clasificación arqueológica de los objetos encontrados, trabajo difícil por el estado de deterioro en que se hallaban. Las lanzas me parecieron ibéricas, y de aquellas famosas por su exquisito temple que, en manos de los numantinos, fueron por mucho tiempo el terror de las legiones romanas. El sepulcro era sin duda de algún guerrero, de estos mismos que durante largos años de heroicos esfuerzos tuvieron á raya la ambición de Roma.

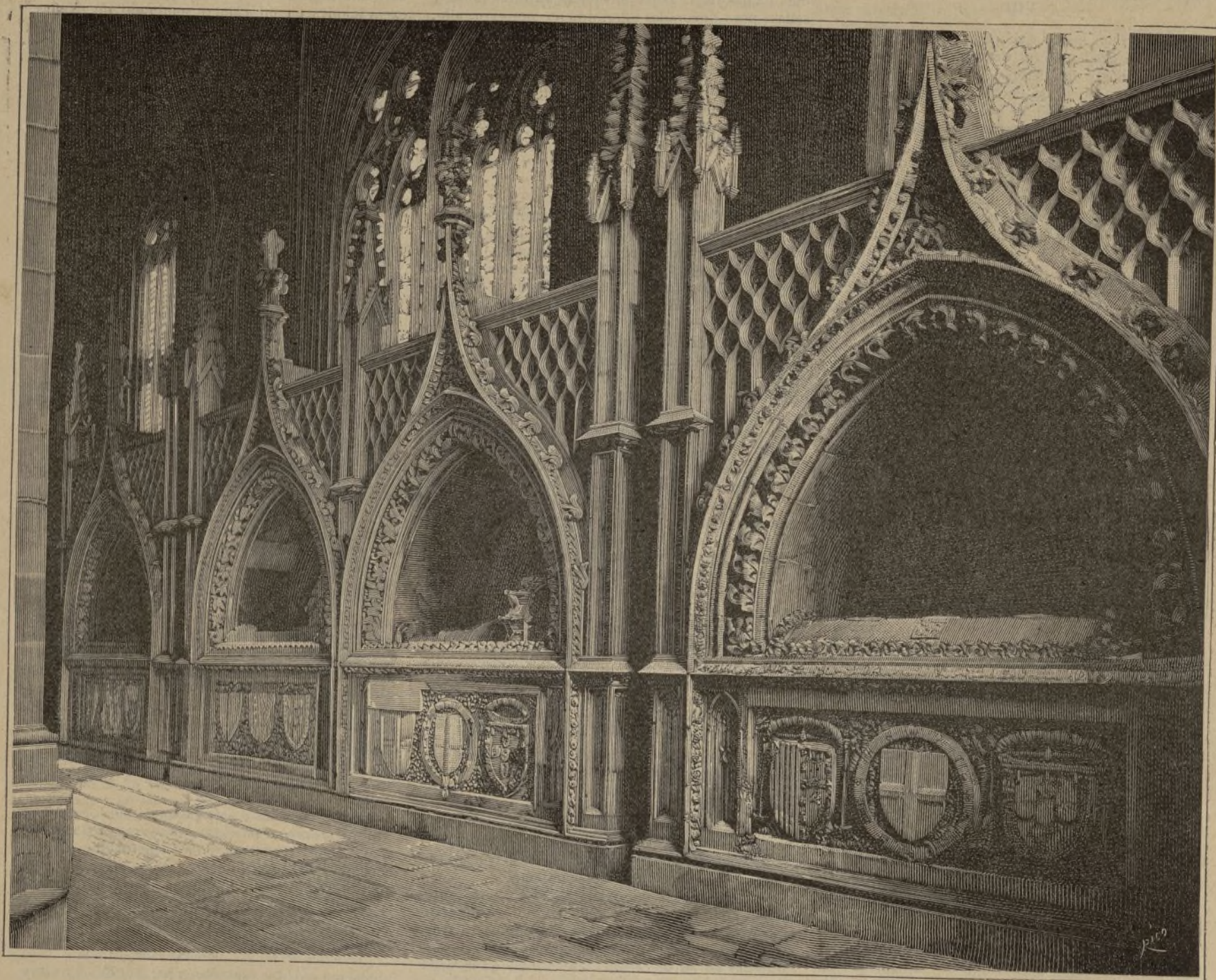
Después de estas investigaciones, he logrado ver en el *Semanario Pintoresco Español* correspondiente al año 1850, el grabado de los objetos que el señor Nicolau y Bofarull descubrió por aquella fecha en este mismo pueblo de Híjes. De la noticia que acompaña al dibujo, tomo las siguientes palabras, que servirán más que las mías para ilustrar estas investigaciones arqueológicas.

«La villa de Híjes, llamada antiguamente Illes, población judaica, según se cree, está del Alto-Rey, punto en que los templarios tenían su convento fuerte, á la distancia de dos leguas, y cerca de este sitio, se dice por tradición entre los habitantes de Híjes, que existió en aquella parte una gran población, la cual desapareció, sin que se sepa en qué época ni se encuentre escrito alguno que dé indicios de ello. En una pradera de este pueblo existen enterramientos á la profundidad de dos varas á dos y media. Grandes losas de piedra arenosa y pizarras, colocadas de canto, y que forman una especie de callejón, sirven de separación de las ollas en que se encuentran depositadas las cenizas de los guerreros, pues no parecen ser otra clase de difuntos los que allí se colocasen, atendido á que, en lo general, se hallan bajo las urnas armas, si bien se encuentran en algunas de aquellas urnas varios adornos de alambre, que se cree lo serían de mujeres. Las urnas, colocadas de saliente á poniente, se ven perfectamente conservadas, y en ellas se hallan bolas de barro de diferentes figuras, cuya significación se ignora.»

El articulista describe después los objetos dibujados en el *Semanario*, entre los cuales hay ollas de diferentes formas, pero sencillas y de barro cocido, como la encontrada por nosotros; lanzas y cuchillos de hierro ó acero, idénticos á los ya descritos; un hierro con tres espirales de alambre, perfectamente templado, y un broche, por fin, del cinto de una espada de bronce, y con labores que, á juicio del autor, pertenecen al gusto bizantino, por estar formadas de lazos como los que ostentan las cornisas de los templos construídos con este estilo. A pesar de estas noticias, yo insisto en mi juicio de considerar como ibero el cementerio de Híjes, tanto más, cuanto que este juicio ha merecido la sanción autorizada de mi respetable amigo el Sr. Fernández Guerra, sabio cultivador de la ciencia arqueológica en España. De todos modos, las antigüedades de Híjes bien valen la pena de que la Comisión de Monumentos de la provincia les consagre su atención, pues con escasos gastos y no mucho tiempo, podrían allí descubrirse notables antigüedades que

¹ La alimentación de los serranos del Alto-Rey es de lo más mezquino que puede darse. El pan, que es bastante áspero, lo elaboran en grandes cantidades para que dure muchos días; su tamaño es tal, que algunos panes pesan 10 y 16 libras.

² Llamam *vegueros* á los moradores de las vegas.



SEPULCROS DE LOS INFANTES DE PORTUGAL EN EL MONASTERIO DA BATALHA.

ilustrasen la historia del país y hasta la general de España.

XI

No lejos de Hijos y en una garganta de la sierra hallase situado el pueblo de Somolinos, notable por su aspecto pintoresco y su extensa laguna.

Serían las dos de la tarde cuando llegamos á él de regreso de Hijos, no sin sufrir en el camino el calor más abrasador que puede imaginarse, por la especial topografía del mismo y la calidad del terreno, el más á propósito para reflejar los ardientes rayos del sol de Julio. Las casas del pueblo están situadas á entrambos lados del río, que baja con grande ímpetu desde la laguna, la cual está en cierto modo suspendida sobre el pueblo. Esta disposición da al caserío una animación pintoresca, imposible de describir: parece uno de esos preciosos Belenes que para recreo de los niños ó edificación de los fieles se construyen todos los años en la época de Navidad. Entre el pueblo y la laguna hubo antiguamente varios molinos, que dieron sin duda su nombre al pueblo.

En este terreno, que hoy pertenece al conde de Polentinos, se construyó pocos años ha una magnífica fábrica para el beneficio de los minerales de plata y hierro, fábrica que no llegó á funcionar, y que subsiste aún, si bien deteriorándose su complicada maquinaria por la acción implacable del tiempo y de las humedades. Causa profunda lástima tan grande injustificable abandono; pues si bien es cierto que fué un error industrial la construcción de tal fábrica en este sitio, tres leguas escabrosas de las minas de Hiedelaencina, y cuando ya existía á una escasa de éstas la grandiosa y bien montada de los

ingleses, llamada *La Constante*, es indudable que tan poderosa caída de aguas debiera aprovecharse en otros usos, pues no ha llegado la industria española al extremo de despreciar el más barato motor de las máquinas, para prodigar por doquiera los vapores.

Visitamos la laguna, que mide 32 varas de profundidad, cuando comenzaban á caer gruesas gotas de agua y se oía el rumor imponente de una nube tempestuosa que con gran majestad se removía sobre la cima del Alto-Rey. Un pintor hubiese sacado gran partido de tan sublime decoración. Nosotros, arrojando la lluvia y el viento, comenzamos á trepar por la angosta garganta de la sierra, para llegar á ver el manantial de la laguna, que nos dijeron era digno de visitarse. Dos kilómetros llevaríamos andados, cuando por fin vimos brotar del suelo y elevarse media vara sobre él una ancha burbuja de agua, guarnecida de blancas espumas. Es el manantial más hermoso que he visto, y creo que sólo por verlo se podían dar por bien empleadas las incomodidades de un viaje á Somolinos. El agua es fría como la hoja de una espada y delgada como su filo; la abundancia tal, que á un kilómetro de distancia surge abundantemente á un molino harinero. La tempestad arreciaba; los truenos en las concavidades de las rocas retumbaban de un modo aterrador; la noche se venía encima, y el sitio era harto medroso para permanecer allí envueltos en tinieblas. Volvimos al pueblo, y después de visitar el *martinete*, fundición y fábrica de calderas de cobre, nos dirigimos á Albendiego, centro de nuestras operaciones.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

(Se continuará.)

CARTA-DESCRIPCIÓN

á vuelapluma de las islas Filipinas, después de haber leído á los PP. Murillo, Concepción, Martínez y Sr. D. Sinibaldo Más.



distinguído amigo: Deseando cumplir tu encargo de que mandase de aquí un *baguio* y una descripción de las cosas del país, voy á tratar de cumplir lo segundo lo mejor que pueda y Dios me dé á entender; en cuanto al *baguio* y sus hermanos los temblores, será mejor dejarlos quietos, que ya vendrán sin que los llamen.

En tiempo de Carlos V, el célebre Hernando de Magallanes, portugués de nación, ofreció al Rey buscar nuevo paso á la mar del Sur, como en efecto lo halló por el estrecho que lleva su nombre, y el sábado de Pasión del año 1521 descubrió las Filipinas y les dió el nombre de *San Lázaro*. Esta armada tuvo malos resultados, por haber sido muerto el célebre caudillo en la isla *Mactán*; la nave que quedó se volvió á España por el cabo de Buena Esperanza, siendo por este motivo el primer buque que dió la vuelta al globo. Vinieron luego hasta cuatro expediciones, pero todas con mal éxito, hasta que la quinta, mandada por Legaspi, pudo reducir estos vastos dominios, no tanto por la fuerza de las armas, como por la eficacia de la predicación de los misioneros agustinos que acompañaron á la expedición; por lo que en poco tiempo se vió ondear el pabellón español en las partes más principales de estas islas, sin haber sido necesario

¹ De la Revista Agustiniiana.



hacer uso de las armas. Aquellos misioneros, cuyos nombres apenas conservan algunos viejos cronicones, ignorados del mundo y sin aspiraciones que satisfacer, animados del santo deseo de imitar á los Apóstoles y servir á Dios y al prójimo, con una cruz en la mano penetraban en los bosques y surcaban los ríos en ligeras barquillas hechas del tronco de un árbol; con la dulzura de su palabra atraían las voluntades y todos les seguían formando pueblos á las orillas de los ríos, y á la sombra de la cruz crecía la civilización, se reformaba la moral y se implantaban las industrias. Aun en el día se puede casi asegurar que, saliendo de Manila, si se ve un ladrillo sobre otro ó una piedra pulimentada, algún misionero ha dirigido la construcción.

Los antiguos creyeron inhabitable la zona tórrida, pues discurrían que si á los treinta grados hacía tanto calor; qué no sería á cero grados! En efecto, si tuviese uno que estar al sol del medio día, podía estar seguro de derretirse; pero está con frecuencia el cielo cubierto de nubes, hay continuas lluvias y mucha humedad á causa de ser la tierra cavernosa y rodeada de aguas; esta humedad se templá con el sol, y de este conjunto de causas resulta un temperamento benigno y sano. Aquí no hay cuatro estaciones; sólo se conoce *tagoldn* y *tagarao*: tiempo de aguas y tiempo de sequía; pero apenas se distinguen, y siempre se goza de una deliciosa primavera. Algunas veces en el cambio de una estación á otra, hay vientos feroces que derriban casas de materiales ligeros, destruyen techumbres, arrancan de cuajo y se llevan robustos árboles; dicen los sabios que este meteoro camina en cierta dirección; y en efecto, fuera de la zona que sigue, apenas se percibe; este es el *bagulo* del que tú querías que te mandase una cría: hay también por tiempos tantas lluvias, que todo se convierte en un dilatado mar, y es cosa de ver las barcas cruzando las calles y á los naturales pescando desde las ventanas. Dicen los viejos en el país que suele estar lloviendo diez meses y que se pierde la cosecha por falta de aguas; y es refrán común en el país el decir: *cuatro meses de polvo, cuatro de lodo y cuatro de todo*. A estos diluvios en pequeño llaman aquí *collas*.

Todo el año es á propósito para haber temblores magníficos, soberbios, formidables, que algunas veces se tocan las campanas cuando no viene al suelo el campanario: nos columpian de balde, pero el susto vale un mundo: un inglés amigo de impresiones fuertes estaba deseando sentir un temblor para gozar con el espectáculo; estando comiendo vino uno de los buenos y no se movió, al ver bailar la vajilla y danzar las lámparas: *fruur, fruor*, gritaba; pero empezó á desmoronarse la casa y hundirse los techos, saltó de una ventana y se deslomó.

Otra delicia son los muchos incendios que suceden todos los años; como las casas son tan combustibles, si sopla algo de viento se queman todas las que están en su dirección por estar tan apiñadas y ser todas de caña y nipa, materiales que con los calores se ponen como yesca, y es cosa probada y de todos reconocida que los incendios sólo se cortan cuando llegan á una sementera que no tiene ya qué quemar.

Caña, coco y bejuco; bejuco, coco y caña; que ni se pueden pronunciar á prisa, son los tres artículos indispensables al indio, con *coco, caña y bejuco* es feliz, y si Dios no se lo hubiere regalado con tanta abundancia, tendría que hacer otra edición de la creación corregida y aumentada, ó quitar al indio de enmedio, porque no podría vivir sin *caña, coco y bejuco*.

En un incendio nada se apura el indio; saca algo si puede y luego, como un filósofo, contempla el progreso de las llamas puesto en cucullas y acariciando su gallo, que siempre procura salvar á la par de los hijos.

Toda la tierra es llana por lo general, con muchísimos ríos, la mayor parte navegables para el comercio interior; magníficas y firmes calzadas para toda clase de coches, y hasta para las innobles *carromatas* inventadas por un amigo mío bulaqueño el año 50, que para sacar hielo de Manila llegado de América, de un coche viejo cogió las dos ruedas



EL REGRESO DE LA EMIGRACIÓN VERANIEGA.

traseras, puso sobre ellas un cajón sobre dos flechas de palma brava con su tolda de hule, y cátese un carricoche que con un caballo iba y venía de Manila con presteza; gustó la idea, se corrigió y reformó, cayó en gracia, y hoy día es el vehículo más barato, aunque no el más cómodo, que en todas partes se encuentra y con unos como caballos y unos como cocheros marcha hasta por los vericuetos: á pesar de los atalajes de cordeles y hojas de plátano y los cocheros de siete años, suceden pocas desgracias relativamente al número tan grande de *carromatas*: tropezones y volteretas, pero siempre caen de pie y botan como pelotas sin hacerse daño, ¡*carromata! ven ustedes — que es un nombre que le cuadra — pues que á caballo y cochero — á veces el de los frutos, y carro-mata*.

La tierra es viciosa en la fertilidad. Todo el año están los árboles verdes y á raros se les cae la hoja y luego se les renueva. Los frutales tienen regularmente flor, fruta verde y madura. Todo el año hay rosas y otras flores; todos los meses hay frutas propias, y los plátanos son de todo el año. Del tamarindo (*tamarindus*), cuya fruta se parece á las algarobas, se hacen bebidas refrigerantes y medicinales. La fruta más general es el plátano ó *banano*, que nada tiene que ver ni se parece al plátano de la Escritura; las hojas son tan grandes que con una se cubre un hombre de pies á cabeza, y cuando llueve es muy común el ver á los indios cubiertos de ellas á guisa de impermeable. Cada planta da

un racimo de ciento á doscientos plátanos y luego se muere dejando dos ó más retoños; cada racimo puede cargar á un hombre, son de la figura de higos chumbos, en lo general pajizos y algunos verdosos. Los sabios les dan el nombre de *musa del paraíso* y conocen á toda la familia por sus nombres y apellidos hasta el número 57: el indio le llama *saguing* y hasta *bragas de Adán*, porque dice que fué lo primero que vistió el abuelo.

La piña (*bromelio ananas*) tiene un aroma especial y un sabor exquisito; de sus hojas, parecidas á la pita, se hacen los celebrados tejidos de piña, sin igual en finura y tan buscados en el comercio: no en vano se dice que la piña es la reina de las frutas; tan grande como un buen melón, su color es rosado, la cubierta áspera y su olor es tan agradable, que la hace apetecible: casi todas las frutas de aquí son grandes, que alguna carga á un hombre, como la nangca (*autocarpus*). Otra fruta muy estimada, y que al llegar las nuevas se pagan á peseta y hasta á medio peso una, son las mangas (*mangifera*): el árbol es corpulento, cual un moral, la fruta figura un corazón bien formado de un jeme de largo poco más ó menos, de color pajizo con alguna mezcla de verde, es sabrosísima, aunque en los principios no gusta por saber algo á resina, porque no son ingertadas; su olor es aromático y su pellejo liso y suave. Los lanzones (*lansium*) y los chicos (*achras*) son muy sabrosos.

El cacao puede competir con el de Caracas; rico

café, el primero quizás después del de Moka, en especial el llamado de *caracolillo*, que es el mismo, únicamente que en lugar de dos granos que tiene cada botón, algunos no tienen más que uno y en éste se encierra la sustancia que tendrían los dos. Hay canela y canelón en mucha abundancia, pimienta y achuete, que suple el pimentón, se cultiva mucho la caña dulce, de que se exporta mucha azúcar, son muchas las provincias en que hay por cientos los ingenios y molinos de vapor: en tiempo de la zafra ó molienda, todo el mundo come caña dulce: grandes y chicos van mascando por todas partes. Los *camotes*, especie de batata, son muy abundantes: de tubérculos hay muchas clases, algunas muy grandes.

En ninguna cosa se ha mostrado esta tierra tan pródiga madre con los indios como en la abundancia de cañas, palmas y bejucos, que son los tres elementos de que se compaginan y perfeccionan todos los utensilios necesarios al indio; de ellos se hacen las casas, los carros, los andamios hasta lo infinito, escaleras, techos, frisos, mesas, bancos, etc. etc.; se puede asegurar que son artículos de primera necesidad.

Ninguna provincia del mundo excederá á Filipinas en tener tantas y tan excelentes maderas; afirman algunos haber aquí un árbol, que de cada hoja que cae al suelo al punto se forma un ratón; no era mal almacén para los gatos: esto es falso de sentido, pero no lo es el decir que hay árboles que dan camisas, porque el *tisus* del coco puede servir de tal y como las hojas de palma tejidas se puede vestir de pies á cabeza con sombrero, botas y guantes. Dice el P. Blanco que hay un árbol cuya semilla son moscas, y según él lo explica es de creer y él lo ha visto.

El arroz es el pan cotidiano de toda el Asia y la cosecha ordinaria del país: se da mucho, blanco y bueno; y se pudiera aumentar por la fertilidad de la tierra; en algunas partes hay dos cosechas al año; y de maíz hasta tres.

El arroz se descascara á mano en un pilón que llaman *Lusón*, y de aquí el nombre de la Isla en que está Manila, puesto por los primeros españoles porque en cada casa encontraban el propio mueble; se cuece en una olla con sólo agua, y luego sirve de pan que comen con los cinco dedos, porque no se conocen aquí las cucharas si no es como mueble de adorno en las grandes fiestas; del maíz comen las panochas asadas, cocidas y fritas; pero no saben de los otros condimentos; también seco lo mezclan con el arroz y dicen que está muy bueno.

En Manila hay muchas panaderías para los europeos; para los indios el pan es golosina, como rosquillas para los niños.

Los *mongos* (*phaseolus*) son buena legumbre, parecen yeros y para ciertos guisos son buenos, en especial para hacer *puré* de mungo, que es rica sopa: en fin, hay de todo lo necesario para la vida y en abundancia; lo que escasea un poco son las pesetas, pero trabajando se encuentran.

ANIMALES. — Hay muchas vacadas cuya casta se dice que vino de China: cuando los toros son grandes, tienen en el lomo una corcova como los camellos; las astas no son arqueadas, mirándose mutuamente sus puntas, sino mirando hacia adelante y pequeñas: á los indios les sirven de mulos y borricos para llevar sus cargas, y los montan, porque dicen que tienen muy buen paso: esta es la carne ordinaria; hay además carneros y cabras, pero no abundan, porque al indio no le gusta la carne de estos animales, pero le gusta la de perro, que en estofado es el gran regalo para él.

En los montes hay jabalíes y venados, y en las casas cerdos monstruosos por lo grandes y gordos, de que se hace manteca que sirve para guisar, en lugar de aceite, que está caro y que al indio no le gusta porque dice que huele á *santos óleos*, y está permitido guisar con manteca hasta en cuarema. Hay conejos blancos en las casas, pero no en el campo, porque se mueren por la humedad y los persiguen las culebras, que tantas y tan grandes hay aquí.

Los indios tenían perros y gatos, pero pequeños; suelen estar aquí juntos y comer en el mismo plato, como buenos hermanos, sin riñas ni disputas; sin duda que por la humedad les faltan los corpúsculos, átomos, moléculas y fibras, que en otras partes les irritan mutuamente, que es proverbial su repugnancia.

Los carabaos ó búfalos vinieron de la China; son altos con grande cornamenta y tienen la fuerza de dos bueyes; este es el ganado de que ordinariamente se sirve el indio para sus labores y trabajos: el indio le habla y él le entiende perfectamente, pero su diccionario es muy corto: (*jee*) tira todo lo que puedas! (*laa*) para, no te menees! Pero alguna que otra vez también se le calienta la cabeza

y se pronuncia en rebeldía, y entonces lo mejor es dejarlo, porque son temibles sus astas, que maneja con mucha destreza. Se bañan en los ríos todos los días, pero es su mayor placer bañarse en los lodazales, y sobre ser ya muy feos, con el almidón que sacan de los pecinales quedan horribles y asquerosos: con este barniz se libran de los mosquitos, que á pesar de su gruesa piel les molestan mucho: los indios los montan; y es particular ver á cuatro ó más muchachos montados en uno, que no parece sino que el carabao va soberbio con la carga y camina con mucha prosopopeya; si alguno de los granujas se cae ó á veces todos, se planta y espera á que se vuelvan á colocar, lo que ejecutan escalando al pobre animal por todos los costados, sirviéndose con especialidad de su pelada cola.

Los caballos son de buena raza, andan en los campos sin pastor y se multiplican mucho; viven descalzos al uso de la tierra, pues donde los racionales no usan zapatos, no deben usarlos los irracionales: por eso se dice que aquí todo anda *herrado* menos los caballos; en Manila, por ser las calles y calzadas más fuertes, ya los hierran de los delanteros; pero en provincias andan á lo primitivo.

Por rareza se ve un burro, á lo menos de cuatro pies, y les dan el nombre del dueño. Los machines, monos ó micos, que con todos estos nombres se les conoce, abundan en los bosques: viven en tribus ó familias y es peligroso pasar por sus Estados, porque con palos y piedras, poniendo la cara fea y berreando como desesperados, persiguen al extranjero que penetra en sus dominios.

Abundan las gallinas caseras y de monte: el gallo es el idólo de los naturales, le llevan en sus embarcaciones, le cuidan y regalan en sus casas, y por los caminos y montes van cargados con él: su mayor diversión es el juego de gallo; les ponen en el espón una lanceta (*tari*) aguda y afilada; los encienden picando el uno al otro las orejas, y los sueltan con arte, para lo que hay soltadores de profesión; y es cosa de segundos, porque pronto uno de los rivales queda muerto ó fuera de combate, cuando no están los dos heridos, y entonces, valientes ambos, uno enfrente del otro se desangran y pierde el que primero clava el pico; esto es, que al morir pone el pico en el suelo. El dueño del difunto vuelve á su casa á comérselo con su familia, habiendo dejado su fortuna y el porvenir de sus hijos en la gallera. Si no fuera el aliciente de este juego permitido todos los días de fiesta y de corte, el indio, que no tiene apenas necesidades, no trabajaría, pues para comer se lo da la naturaleza ya producido sin trabajo alguno, y para vestir... Vaya... al año que faltasen de aquí los misioneros, andaría á lo RAJA MANTANDA con *bajac* y *salacot*.

Hay gallos muy valientes que ganan mucho dinero á su dueño, y se cuentan algunos vencedores en la lid más de cuarenta veces, y con estas esperanzas, ó por mejor decir, por cierta pasión secreta, los indios, primero pasan ellos necesidad que dejarla pasar al gallo: el filipino es inseparable de su gallo: *Castor* y *Pollux*, *Piramo* y *Tisbe*: en fin, los inseparables.

Los montes están llenos de palomas y otras muchísimas clases de aves, como loros, cotorras, cacatúas y hasta cuervos, y cosa rara, hasta hay pájaros blancos, donde los hombres son pardos.

Mucho y diverso es el pescado que se conoce en estas islas; en un terreno seco y agrietado, á las pocas horas de haber llovido ya se coge pescado, parece que ha caído del cielo: los potables ríos de estas islas antiguamente se hallaban llenos de caimanes; pero tal maña se han dado los indios en perseguirlos, que ahora el que quiera tener el placer de ver uno, tiene que ir á Mindanao ó Cagayán: en la laguna de Bay cerca de la isla de Talim, se ven algunos cientos, pero ya no hacen aquellos estragos de comerse á los *niños crudos*.

Lo que abundan aún son las culebras, algunas formidables por lo largas y gruesas; pocas son las ponzoñosas, pero nunca causa gracia encontrarlas en las habitaciones y en la cama, al dar una vuelta, tropezar con el cuerpo frío y asqueroso de un sagua; aunque esto rarísima vez: las más terribles, que matan en pocos minutos, son el *alopón* y el *dajumpalay*; pero las demás suelen ser bobas, y ó se le comen á uno entero, ó si pican, sólo dan un poco de calentura. Otra hay que desde los árboles, donde habita, se coge un carabao pequeño ó un venado, cuyos cuernos se marcan muy bien, en su estómago: estos animales grandes se les evita con facilidad: lo malo son los *alacranes* y los *ciempiés*, que se hallan en todas partes y hasta entre papeles y libros, cuya picadura duele mucho, y sólo se cura y alivia poniendo unos dientes de ajo machacado sobre la cisura.

Entre otros varios animalejos más ó menos feos debo contar el *chacón*, de la figura del lagarto, pero

sin los colores vivos de éste; vive en los desvanes y anda á corso continuo de moscas, cucarachas y lagartijas, que todos abundan en grado superlativo; su canto es monótono, y sólo repite estas voces: TOKO, TOKO, subiendo y bajando la voz como quien solfea. Como unas veces da más voces, otras menos, los indios las cuentan y dicen que ese será el precio del palay.

La variedad y muchedumbre de hormigas á causa de la humedad y calor es increíble: algunos, en especial enfermos de gravedad, son materialmente devorados por ellas; sólo viéndolo se puede formar idea; no se puede conservar cosa alguna sin valerse de mil astucias, pero si uno sabe mucho, las hormigas saben más; deben de tener muy buena vista y mejor olfato: las hay radicadas y las hay nómadas, éstas se ven por algunos días formando un cordón, emigrando á otro punto con sus crías á lomo; se las ataja haciendo una raya con carbón, del que huyen espantadas, y este es el mejor medio para librarse de ellas; el polvo del carbón nunca lo pasan; por eso se le suele poner á los pies de los catres.

(Se continuará.)

LOS CONVENTOS

APUNTES DE VIAJE.

Señor Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:

I



QUERIDO AMIGO: El camino de Santander á Santoña es, como todos los de la Montaña, extraordinariamente pintoresco. La carretera va primero bordeando la bella y anchurosa bahía de Santander, y pasando por Bóo y el Astillero, población lindísima, asentada á la orilla del mar sobre collado verde y frondoso, se interna luego por montes y valles, pueblos y caseríos. Solares, famoso por sus salutíferas aguas; Hoznayo, cuya poética feria ha pintado la pluma de Pereda con los primores de su uso particular; Escalante, con su convento de monjas y su célebre Virgen del Tránsito, aparecen, entre otros pueblos, á la vista del viajero, encantado con los hermosos paisajes que á cada paso se le presentan. Valles amenísimos; maizales y praderas, siempre verdes; colinas coronadas por iglesias y ermitas; bosques frondosos y cumbres altas y bravías, ceñidas de nubes; arroyos que se despeñan brillantes entre grutas y cascadas; rebaños que pastan en las lomas; quintas lujosas y casas solariegas, exhibiéndose á los lados del camino, y humildes viviendas, agazapadas al abrigo protector de corpulentos árboles, son otros tantos atractivos que ofrece una expedición por aquella privilegiada costa.

Yo iba á visitar el convento de capuchinos de Monte Jano ó Hano, de que había oído hablar en Madrid al P. Provincial de la Orden. Cerca del pueblo de Escalante; en medio de una llanura, entre marismas que se llenan de agua en la pleamar, se eleva, formando un cono achatado, ó más bien una sección de esfera, un monte solitario, gigantesco, de difícilísimo acceso y cubierto hasta su cima de espesísima y uniforme vegetación. Allí no hay huella ni vestigio humano, á no ser unas piedras en la cumbre, restos quizá de alguna fortificación de remotas edades.

La diligencia siguió su camino, y mi compañero de excursión y yo tomamos á pie hacia el monte, continuando por una ancha senda que, en su base, han construido la fe de los frailes y la piedad de los pueblos, y que, según nos dijeron, no tenía otro uso ni otra salida que el convento, situado á la parte opuesta de la Montaña.

Se acercaba la noche, y ya nos veíamos entre el mar y el monte gigantesco que íbamos bordeando, sin que nada nos advirtiera la proximidad del convento, ni pudiéramos adivinar su posición. De pronto oímos humanas voces y estruendo de cohetes, nuncios de la fiesta que se iba á celebrar, y poco después nos hallábamos entre los frailes, que nos recibieron con gran benevolencia, y que se hallaban entonces en la huerta, con los niños de la escuela seráfica, disparando los voladores y cantando versos á la Virgen.

Ni entonces, ni en aquella noche pude hacerme cargo de la situación del edificio; pero al primer albor del día, asomándome á la ventana de la celda, quedé maravillado. Delante del monasterio, llegando las aguas á besar sus muros, se extiende la inmensa bahía de Santoña, viéndose la ciudad á lo lejos, resguardada por una gran montaña, muralla del Océano; á la derecha, en lontananza, se divisan La-

redo, Colindres, Limpias y otros pueblos, rodeados igualmente de mar; y a la espalda se eleva el gigantesco monte; hallándose el convento situado al extremo de una pequeña colina, verdadera península; puede decirse isla, unida a la montaña por muy corta porción de tierra.

Jamás he visto paraje tan solitario y silencioso. Allí no hay ni puede haber habitación ni labor de hombres. Aquel inmenso lago, circuido de grandes montañas, no ofrece por aquella parte vida para el comercio, ni apenas para los pescadores; el cercano monte no tiene cultivo, y hasta media legua tierra adentro no empiezan la vida y el movimiento, ni hay señales de habitación humana.

Lugar hermoso, que compite en soledad con las soledades más celebradas; allí, mientras la vista se extasia contemplando las maravillas de tierra, mar y cielo, el alma se eleva dulcemente a la contemplación de lo infinito. Allí moran, en humildísimo hospedaje, hijos de San Francisco, entregados a la oración casi perpetua y a la perpetua penitencia, desligados enteramente del mundo, a no ser por los lazos de la caridad con que acuden a evangelizar, socorrer y consolar toda la comarca, llena del aroma de sus virtudes y de gratitud por sus beneficios. Allí, sin más galas que un tosco y áspero sayal; sin más lecho que una dura tabla; sin otros regalos y convites que un pobre y escaso alimento, escatimado por la mortificación de lo que da la limosna, únicas rentas y propiedades de la santa morada; sin otras grandezas ni otras ambiciones que la obediencia y la humildad; madrugando con el alba, y antes que el alba la mayor parte del año, a meditar las verdades eternas; levantándose a media noche a cantar las alabanzas divinas, viven y viven contentos en casa pobre, celda pobre y templo pobre, hombres como nosotros; hijos del siglo como nosotros; jóvenes todavía algunos como nosotros; algunos, por la ancianidad, menos fuertes y robustos que nosotros; y muchos, por su tierna edad, más débiles y delicados que nosotros.

¿Quiénes son los locos: pregunto yo también hoy: ellos, que así viven contentos, pensando en la eternidad y trabajando para la eternidad, ó nosotros, que vivimos tristes y agitados, pensando en el mundo que pasa y afanándonos por las cosas del mundo que huyen...? ¿Quiénes son los locos: los hombres que no piensan más que en torpes placeres, y vanas grandezas, y bienes caducos; los que pasan una vida entera de afanes y sacrificios y dolores, por lograr un puesto social, una herencia, una distinción honorífica; los que emplean años y años en edificar y embellecer moradas suntuosas, como si hubieran de habitarlas siempre; los que no se acuerdan de Dios, ni de la virtud, ni de los pobres, ni de sí mismos, y no quieren acordarse de la muerte, mientras ella los acecha a todas horas, y de mil maneras, siempre inesperada, les arrebatara en un instante sus glorias, sus placeres, su lujo y su poder; ó esos otros hombres, a quienes todo sobra; que no quieren cosa alguna de la tierra, y castigan el perezoso y delicado cuerpo, y doman la voluntad altanera, y buscan con afán los asilos de oración y penitencia en que esto se hace perpetuamente?

¡Ah! vosotros, santos retiros; cenobios penitentes; asilos de la fe y de la virtud; vosotros sois los oasis en el desierto del mundo, que os aborrece porque su fealdad contrasta con vuestra hermosura. Vuestra presencia sola es un beneficio inefable de la bondad de Dios. A los hombres locos por la soberbia les grita: la alegría mora entre los humildes; a los conturbados por la ambición y la avaricia: en la pobreza está la paz; a los helados por el egoísmo: el amor es la vida; y a todos los mortales llenos de tribulaciones y amarguras: la Cruz es amable; la Cruz es la esperanza...

Sí; entre aquellos religiosos hay hombres que en su juventud fueron a América buscando el deseado convento, porque las tempestades de la revolución los había arrancado de España; los hay que, ancianos ya, volaron a la estrechísima celda en cuanto vieron que sus puertas se les abrían; los hay que han trocado gustosos, en la edad madura, la libertad y las comodidades de su hogar, por el pobre claustro; y hay niños y adolescentes, plantel escogido de futuros cenobitas.

Mucho te agradecería ver la escuela seráfica de Monte Hano. La forman unos cuarenta niños, de diez a quince años, que visten y viven como los frailes (salvo ciertos rezos y asperezas de la regla), y son educados por ellos, para pasar luego al noviciado ó para volver a sus casas, si no han de continuar en la vida religiosa. Entre esos niños, los vi de distinguido aspecto, de excelentes dotes naturales, aficionados ya a la penitencia, y muy adelantados en la instrucción. El día del Jubileo, en el humilde refectorio, engalanado por ellos con ramas y banderitas de colores, dieron ante el Padre Provincial

gallarda muestra de ella, declamando oraciones latinas de su composición, recitando versos, pronunciando discursos y cantando himnos sagrados al són de un acordeón manual, único instrumento de música que se oye rara vez en aquel paraje, donde ni la humilde iglesia tiene órgano, y donde todo respira pobreza. Pena me daba, sí, ver la penuria en que están aquellos religiosos, trabajando con sus propias manos en construir lentamente el necesario local para su amada escuela seráfica, y careciendo de todo, menos de fe en la Providencia.

Y, sin embargo, allí hay paz y alegría, y todos los que se acercan a la santa casa participan de estos inapreciables bienes, que no puede dar ni tiene el mundo. Así, no es maravilla que frecuentemente acudan al convento, a buscar la paz, almas que la perdieron en los peligros y combates del siglo, y que vuelven a sus hogares con la conciencia sosegada por la bendición de aquellos religiosos. Y el día que se celebra el Jubileo, acuden millares de personas de todas clases y condiciones. Por la senda de la parte de tierra, de Escalante y pueblos comarcanos, llega incesantemente una gran multitud en carros y vehículos de toda clase, caballos y cabalgaduras de toda especie, yendo también muchos en el coche de San Francisco; y por mar, acuden en todas direcciones lanchas y botes atestados de gente de Santoña, Laredo, Limpias, Colindres y otros pueblos. Y no van ciertamente a divertirse, como sucede en otras romerías, en que lo profano se mezcla con lo religioso: allí no hay feria, ni baile, ni juegos, ni cosa alguna profana. Las comuniones duran toda la mañana y parte de la tarde, cuanto permite la rúbrica ó la concesión apostólica; y muchos se quedan sin poder comulgar en el día, y no pueden confesar hasta la última hora de la tarde, a pesar de estar los religiosos en el confesonario toda la víspera y todo el día desde antes que amanezca.

La misa mayor tiene que celebrarse al aire libre, en la pequeña colina en que está el convento, y que aquel día se abre al público. En la parte baja, junto a la pared de la huerta, se coloca el altar, adornado con ramas y banderolas, y en la colina, a la sombra de los árboles, se extiende, escalonada en vistosos grupos, la devota muchedumbre, para asistir al Santo Sacrificio, y oír el sermón que predica un Padre desde sencillo púlpito, apoyado en el tronco de un árbol: cuadro en extremo pintoresco y edificante, que recuerda los gloriosos días de la antigua fe y aun de la primera predicación del Evangelio. Todo el día está la iglesia llena de gente rezando las estaciones; y por la tarde, ante el altar campestre, se reza el rosario y se pronuncia otra plática, haciéndose la procesión final, sin otro símbolo ó imagen que el signo de la Redención... Los últimos ecos de los sagrados cánticos suenan todavía entre las arboledas, y la doble fila de hábitos religiosos se ve todavía entrando en el templo, cuando ya el sol declina, diciendo a los fieles que regresen a sus hogares. Durante mucho tiempo vuelve a verse la senda del monte llena de carros y cabalgaduras y gente de a pie, y el mar lleno de barcas que, antes de llegar a la opuesta ribera, se confunden entre las sombras de la noche.

II

De San Francisco de Asís a Santo Domingo de Guzmán, el paso es fácil. Los dos humildes religiosos descuellan como gigantes en aquel gigante siglo XIII, que ellos civilizaron y salvaron, fundando las dos grandes y santas comunidades, cuyos beneficios disfruta todavía la sociedad entera, y cuyas virtudes se perpetúan sin mengua ni eclipse de siglo en siglo.

Junto a las renombradas termas de Caldas de Besaya, también en la provincia y diócesis de Santander, a las cuales conduce un camino de incomparables bellezas, se eleva un convento de PP. Dominicos, fundado en el siglo XVI para retiro de los que se preparaban a una buena muerte. El lugar estuvo admirablemente elegido, en medio de una gran montaña que se unía por su base a otra, aun más grande y abrupta, si el río Besaya no las dividiera con su rápida y sonora corriente. Entonces no había carretera, ni baños, ni fondas, ni ferrocarril que, a los pies del convento, poblases, como hoy, aquella soledad de ruidos del mundo; pero ahora mismo impone lo agreste del lugar; y, cuando no se oye el grito de la locomotora, el monasterio está silencioso, y siempre solitario en la altura, sin que lleguen ni tengan que llegar a sus puertas sino los fieles que buscan la gracia de los Sacramentos y los consuelos de la oración, y los pobres que van por el necesario sustento que la caridad de los religiosos les ofrece.

La santa mansión está como encerrada entre las dos montañas que, sólo a la parte izquierda, se abren,

dejando ver el amenísimo valle de Torrelavega; pero detrás del convento y a la derecha, corre una senda que, entre bosque de robles y castaños y huertas de labor, da fácil acceso a una cercana meseta de la montaña, y allí se presenta súbito a los ojos la maravillosa perspectiva del valle de Buelna. Fórmale una extensa llanura, perfectamente plana, cubierta toda de praderas de espléndida verdura; sembrada acá y allá de pueblos y caseríos y arboledas caprichosas; cruzada en línea recta por la vía férrea y por la carretera, y cerrada por un círculo de pintorescos montes, al pie de los cuales corre el cristalino raudal del Besaya.

El convento, aunque pobre y sin mérito artístico, es espacioso y tiene grande y excelente iglesia con buen órgano, terminada en el siglo último. Cerca de la iglesia está la hospedería, albergue de peregrinos y devotos, en donde son recibidos sacerdotes y seglares que desean pasar unos días de oración y recogimiento, y donde hallan los peregrinos y los pobres albergue cariñoso, lecho y hogar.

Es muy hermoso, en medio de la compasión que la pobreza inspira, ver llegar todos los días de los pueblos cercanos, en busca de la tan admirable como calumniada sopa, multitud de hombres y mujeres, ancianos y niños, que la reciben agradecidos, y la saborean gozosos, tendidos, cuando el tiempo lo consiente, en el mullido prado que se extiende delante del monasterio; y es más hermoso todavía, ver a un religioso, anciano y ciego, que baja a dar alimento y luz al alma de aquellos pobres, explicándoles la doctrina de salvación y complaciéndose bondadoso, especialmente con los niños.

La comunidad, sin contar algunos hermanos legos, se compone hoy de diez ó doce Padres, habiéndolos muy jóvenes, y otros ancianos que sufrieron las tribulaciones de la exclaustración, y que, al borde del sepulcro, vuelven gozosísimos a vestir el blanco hábito que les promete la bienaventuranza por la penitencia. Porque los dominicos, contra lo que vulgarmente se piensa en estos tiempos en que las Ordenes religiosas no son bien conocidas, viven también con grandes austeridades y pobreza, no ya en lo que es común a todos los institutos religiosos y que basta para espantar a cualquier hombre del mundo, sino además en cosas de muy especial mortificación; como, por ejemplo, la perpetua abstinencia. Los dominicos ayunan todos los días, y comen pobremente, y de vigilia, todo el año, sin exceptuar ni los domingos, ni los días de Pascua: penitencia que apenas crearán posible el mundo, ni aún la higiene, y menos en hombres que estudian mucho, y oran mucho y son infatigables en el confesonario y en la predicación; no sólo en su iglesia, sino en toda la diócesis, y en diócesis lejanas.

Si son respetados y queridos en la comarca, dígalos su iglesia, en que siempre se ven personas que buscan la paz ó los bienes del alma. Ya es la dama aristocrática que va desde la ciudad, ó desde más próxima villa, ó desde su espléndida casa de campo: ya el humilde campesino, que acude a pie de las vecinas aldeas; ya sacerdotes y seglares de toda edad y condición, que van de todos los pueblos de aquel país y de países lejanos. Allí acabo yo de pasar días tranquilos, de santas emociones y gratísima memoria, sin tener apenas otra conversación humana que la instructiva y edificante del joven y bondadoso Prior, que algún rato me favorecía con su amable presencia.

No es maravilla, no, que las fiestas de aquella iglesia sean concurridas, a pesar de no haber allí población. Concurridísimas son las principales, como lo habrá sido la del Rosario, y como lo fué la de Santo Domingo, celebrada con gran solemnidad, oficiando de pontifical el Sr. Obispo de Zamora y predicando el de Santander, con asistencia de gran multitud de fieles de los contornos y de la capital montañesa, y varios de Madrid, de los que por allí veraneábamos.

No se nos olvidará a ninguno, te lo afirmo, aquel apacible y sereno día; aquella devotísima procesión; aquella cristiana conversación y amable trato de unos con otros en los claustros del convento; aquella modesta, aunque aquel día abundante y buena comida de vigilia, de que participamos, en santa paz y agradabilísima comunicación, los dos Prelados que presidían, y muchos religiosos franciscanos, y escolapios, y sacerdotes y fieles que habíamos ido a la fiesta, y cuyas negras sotanas ó trajes seglares, contrastaban mezclándose con el blanco hábito de los dominicos.

Nosotros, tristes habitantes de este Madrid, en que, entre el tumulto de los negocios y la disipación de los sentidos, todo es aridez para el alma y frialdad para el corazón, no gozamos de estas puras alegrías, de esta fraternidad encantadora, de esta amistad dulcísima, de esta caridad vivificante, de esta vida cristiana, única verdadera vida. Aquí, donde

hasta la amistad más sincera suele tener el color del egoísmo y el calor del hielo, y donde la piedad más sólida parece indiferencia, apenas conocemos el día festivo; y aunque por ventura le consagremos á Dios, raramente será por completo, y siempre la glacial atmósfera de la sociedad en que vivimos le quitará, si no sus méritos, su calor y sus encantos.

Allí, por el contrario, cada semana hay, cuando menos, una ó dos sencillas, pero fervorosas fiestas, en que los fieles comunican con los religiosos para pedir á Dios por el eterno descanso de los muertos, ó para cantar las glorias de la Virgen. La procesión semanal del Rosario es ya un perpetuo atractivo en el convento de Las Caldas. Se hace en el claustro, precediendo los religiosos con blancos hábitos y velas encendidas, y, en pos de la Imagen Sagrada, va el pueblo, cantando con todo ahínco y con gran fervor. Análoga, y casi igual en la forma, es la triste y grave procesión por los difuntos, que termina con un solemne responso ante sencillo túmulo colocado en el crucero de la iglesia.

Dícenme que, en ciertas ocasiones, se celebran allí magníficas romerías, acudiendo los fieles por millares á implorar las misericordias de la Virgen de las Caldas. La Sagrada Imagen, escultura del siglo XVI, tiene en sus brazos al Divino Infante, y presidiendo las del Santo Fundador y otros hijos egregios de la Orden, ocupa el centro del gran retablo de la capilla mayor. Está ordinariamente oculta tras de triple cortina, que se levanta para el rezo del Rosario y canto de la Salve, y al entonarse los Kyries en la Misa solemne. Ella es la reina de aquel templo, la Madre del valle, la Señora del convento, en cuya enverjada puerta se lee, escrito con letras de hierro, debajo de una cruz: CASA DE LA VIRGEN DE LAS CALDAS.

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

INTRODUCCIÓN AL OTOÑO

Fragmento.

Ufana juventud, sueño ligero,
Que ardiente y viva claridad refleja
De locas esperanzas mensajero.
¡Cuán rápida pasó...! ¡Cómo se aleja...!
Y al apurar la copa de la vida,
¡Qué amargo es el sabor que el mundo deja!
Bella edad, por lo breve apetecida,
Del corazón y el alma poseedora,
Y jamás por el hombre poseída.
Rayo gentil de fugitiva aurora,
Que se disipa al fin, como perfume
Que en las ondas del aire se evapora.
¿Quién de tu brío y tu verdor presume,
Si en tu ciega inquietud es una misma
La ansiedad que te alienta y te consume?
Roto el encanto del risueño prisma,
Aun brillas á mis ojos, semejante
Al sol lejano que en el mar se abisma.
Yo no sé si fué un siglo ó fué un instante;
Sólo sé que la siento y que la veo
Cada vez más presente y más distante.
Ambición, entusiasmo, devaneo,
Delirios, y tristezas, y alegrías,
La ilusión, la esperanza y el deseo;
Ecos de misteriosas armonías,
Cielos de oro y azul, noches calladas,
Y aquel amanecer de aquellos días...
Todo pasó... ¡Oh imágenes soñadas!
¡A despediros para siempre, inciertos,
Vuelven los tristes ojos las miradas!
Siente el alma llegar las horas yertas,
Y es dos veces la pena que revive
En ansias vivas y esperanzas muertas.
Ya nunca volverá, que lo prohíbe
Eterna ley; y si volver no puede,
¿Por qué en nuestra memoria sobrevive?
Si es que jamás el tiempo retrocede,
Gran culpa debe ser haber vivido,
Puesto que es pena que el recuerdo quede.
Verdugos son del alma afligido,
Hoy que juicio me da la edad madura,
Lo que dejé de ser y lo que he sido.
Que arrebatado el hombre en su locura,
Deja el supremo amor, que nunca acaba,
Por el humano bien, que apenas dura.
Pasó la juventud que el mundo alaba,
Que el mundo ciega, y que del mundo vano
Sólo obtiene el honor de ser esclava.
Pasó, y aun brilla el resplandor lejano
Del fuego impetuoso con que enciende
El loco afán del corazón humano.
Pródiga el manto de su pompa tiende
De amores y placeres generosa,
Cuando á peso de lágrimas los vende.

Rica, en doble matiz de oro y de rosa,
Ávidos ven los deslumbrados ojos
La luz de la mañana esplendorosa;

Mas cuando al fin recoge sus despojos,
El moribundo sol, haciendo alarde
De pardas nubes y vapores rojos.

Grato es al alma en cuyo seno arde
La dulce paz, sobre el hogar honrado
Ver descender las sombras de la tarde.

Que en el vuelo fugaz del tiempo alado
Para todos se acerca el fin tremendo,
Más pronto, cuanto menos esperado.

Y esta sed de gozar que estamos viendo,
Más el curso en los años precipita,
Y es casi no vivir, vivir muriendo.

Los placeres que el mundo facilita,
Deudas son que en su cuenta el tiempo avaro
En años de la vida nos desquita.

JOSÉ SELGAS.

TORPEDOS



OMAMOS de la *Whitehall Review* el artículo siguiente, que ilustra el último grabado de este número y la explicación que le acompaña:

«Los experimentos que nuestra flota hace en la actualidad en el puerto de Bantry, Irlanda, con los torpedos, llaman la atención general acerca de la importancia ofensiva de esos proyectiles de guerra. Así el opúsculo sobre la experiencia de las operaciones navales adquirida por Hobart Pasha durante la guerra turco-rusa ha sido dado á la estampa muy á tiempo. Toda cuestión, indudablemente, tiene dos fases, y no hay duda en que los argumentos aducidos en favor del torpedo, considerado como arma de ataque, deben tomarse detenidamente en consideración á pesar de la opinión emitida por Hobart Pasha. Dice éste que la razón que le obliga á no convenir en un todo con la opinión pública acerca de la eficacia incontestable del torpedo-pez, empleado como arma de guerra en las batallas navales, está fundada, no en la esperanza de persuadir, ni en el fútil deseo de discutir, sino en el resultado práctico de sus experimentos, siendo el único que, ya en calidad de comandante de un buque, ya en calidad de jefe de escuadra, dirigió las operaciones navales en que el torpedo, esa máquina de destrucción, era empleada, tanto para el ataque como para la defensa. Quien cuenta con tales antecedentes, tiene derecho sin duda á ser oído, y las razones que expone presentan un carácter tal que no parece prestarse á la menor duda. Hobart Pasha comienza así: «La fuerza del torpedo como medio de ataque y de defensa es muy exagerada, y á no ser así podría asegurarse que las batallas navales no eran ya posibles y que habían tocado á su fin; pues ningún buque, y hasta podría decirse ninguna flota, podría resistir al poder destructor de una máquina tan poderosa. ¿Cómo podría bloquearse un puerto? Imposible sería á un buque el acercarse siquiera á una costa enemiga; las flotas no podrían cruzar las aguas en donde hubiera buques enemigos con torpedos á su bordo. Los puertos defendidos por tales máquinas de guerra harían inútil todo proyecto, con toda idea de ataque, y los puertos y arsenales serían inabundables, los sistemas antiguos, en fin, completamente inútiles. La bravura del oficial, su impasibilidad en la acción, sus relevantes cualidades como marino, orgullo de su nación, todo estaría sujeto á una prueba muy distinta de la que ha resistido hasta ahora. Aquel, valiente, impasible y resuelto en un combate leal, temería constantemente ser hecho pedazos sin la menor esperanza de acometer al enemigo que le ataca. El autor de estas reflexiones — que ha mandado escuadras tripuladas por hombres pertenecientes á una raza cuya virtud predominante es el valor, raza que no se da cuenta del peligro sino después que ha pasado, y que en el momento supremo obedece ciegamente á la palabra irresistible, al mágico grito *Kismet* — no tenía sino su propia idea humilde de lo que era el valor sin *Kismet* — y por lo tanto estuvo durante un año entero día y noche con una ansiedad mortal por no poder prever en qué momento sería lanzado al espacio.»

«Parece que el torpedo está sujeto á desviarse del curso que se le imprime por insignificante que sea la causa á pesar de las precauciones más minuciosas, y se cuenta que durante la mencionada guerra turco-rusa, en el mar Negro, un torpedo lanzado contra un buque turco se volteó al simple contacto de una amarra. El hélice de un vapor torpedo está construido de manera que le permita cortar las amarras y redes ordinarias que encuentre á su paso, pero si éstas son de hierro no produce resultado. Se han hecho pruebas al efecto, y cuenta el mismo Hobart

Pasha que un buque-torpedo andando con la velocidad de 19 nudos por hora, á pleno vapor, había volcado en su curso en un punto convenido. Es necesario no olvidar que la importancia del torpedo no es puesta en duda por Hobart Pasha sino como medio de ataque: más adelante discutiremos su opinión sobre el torpedo como medio de defensa.

«La defensa de la escuadra anclada en el puerto de Batoum consistía simplemente en una estacada hecha de tablas y de cuerdas, enterrada á una profundidad como de 12 pies é inclinada hacia la mar. Para evitar que los buques rusos se dieran cuenta de la posición exacta de los turcos, se prohibió iluminar los puertos en la noche. Los rusos intentaron varias veces el ataque, y ya sea porque los torpedos no estallaron, porque se desviaron de su curso, ó porque se perdieron en el río, el caso es que siempre quedó fracasado su intento. Los mismos medios de defensa pueden adoptarse, naturalmente, por una escuadra anclada en el mar, estableciendo un cordón de botes atados unos á otros con cables á una larga distancia de modo que rodeen la escuadra. A juzgar por los experimentos hechos por Hobart Pasha, la cuestión del torpedo parece ser una diversión costosa. He aquí lo que dice el mismo: «Los buques rusos intentaron varias veces atacar el puerto de Batoum, pero no tuvieron otro resultado que la pérdida de 3 ó 4 torpedos que se perdieron en el río en diferentes puntos, cerca de donde estaban anclados los buques turcos. La mayor parte de estos torpedos se encontraron de tal manera intactos, que M. Whitehead, su inventor, sabiendo que al apoderarnos de ellos nos apoderábamos también de su secreto, sometió al Gobierno turco un contrato, en virtud del cual se comprometía á entregarle 20 torpedos al precio de costo y sin pedir nada al almirante otomano por el secreto de su invención (por el que otros Gobiernos pagaban de 12.000 á 15.000 libras esterlinas) bajo la única condición de no divulgarlo.»

«Hobart Pasha cree que si fuera posible construir un torpedo capaz de tocar la parte de la quilla del buque, que no pudiese ser protegida por redes, cables ó cuerdas, tal torpedo sería una máquina de ataque de incalculable importancia, y afirma por otro lado que podría defender de los ataques de aquel proyectil, tal como existe hoy, cualquier número de buques; que los botes-torpedos no pueden obrar por sí mismos; que es necesario atarlos á otros buques más grandes, y que la dificultad aumenta por tener que estar constantemente acompañados de una flota. Los materiales que se emplean en la construcción de un buque-torpedo son muy ligeros, y el trabajo es admirablemente acabado, por donde se comprenderá que la menor cosa puede desarreglarlos. «Yo he visto» dice Hobart Pasha, «un bote-torpedo antes, durante y después de una tempestad, y aunque sentiría desanimar á los que creen que poseen las condiciones de un barco destinado para el mar, debo confesar que después del temporal presentaba un aspecto deplorable.»

«Hobart Pasha no niega la importancia de los torpedos para la defensa de las costas y puertos, y está convencido de que como medio de defensa su importancia no sería nunca demasiado exagerada, y á tal efecto cita el ejemplo de la América del Norte como la mejor prueba que pudiera aducirse. «El gran estadista que pronunció las célebres palabras «¡Hands off!» podría repetirlos á quien osara amenazar á este país diciendo — «¡Nadie se acerque! mis torpedos me defienden.» — Mi convicción íntima es que las costas de la Gran Bretaña pueden hacerse inexpugnables por medio del sistema de torpedos, situándolos en donde quiera que sea posible; que Portsmouth, Plymouth, el Támesis, el Clyde, el Mersey, el Humbert, podrían ponerse á cubierto de una invasión lo mismo que en los tiempos de flotas de buques de vela. ¡Mirad la América! ¡No nos está dando una prueba del conocimiento que tiene de la importancia del torpedo como medio de defensa? Ella parece contemplar impasible cuanto pasa, mientras que el mundo entero se arma hasta los dientes. Ella también pronuncia el «¡Nadie se acerque! Desconfiad de las minas que duermen en mis costas.» No construye grandes buques ni aparenta aprestarse — pero está alerta.

«Si se pregunta á los americanos cuál es el torpedo que se proponen emplear en defensa de sus costas no os lo dirán; pero id á Nueva York, visitad los principales puertos de la nación, y veréis que no tienen por qué temer al enemigo, porque están armados con todos los torpedos inventados para su defensa; no con toda especie de buques-torpedos de clase dudosa, sino con torpedos submarinos en relación con sus potentes minas. Tal vez muchas de esas minas están ya en su puesto de defensa — inofensivas en la paz, pero activas instantáneas en la guerra.»

Los editores han obrado prudentemente al publicar esta Memoria, la cual ha contribuido á aumentar nuestros conocimientos prácticos en el empleo del torpedo como máquina de guerra. Han añadido también á la historia del torpedo un capítulo importante.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



¡Ah! ¡Ah! Vamos á verlo... Echemos abajo la puerta, y vamos á registrar todos los rincones de su jaula.

La ejecución siguió á la amenaza, y muy pronto los cosacos invadieron la cocina, en medio de las mujeres locas de miedo. Una de ellas, más lista que las demás, creyó hacer un acto de sagacidad, dirigiéndose á su comandante.

— Señor general — le dijo, con las manos temblorosas y la voz entrecortada; — es verdad que el cura se marchó anoche. Pero si absolutamente necesitáis un sacerdote aquí hay otro... es un monje bernardino que ha llegado anoche y que duerme arriba en el cuarto.

— ¡Que venga aquí pues, ó nosotros iremos á buscarlo! — gritó el jefe de la escolta.

— Monje, obispo ó cura, negro, pardo ó violeta, poco nos importa, con tal que sepa hacer una pregunta y escuchar una respuesta. Pero que se despache, porque creo que mi capitán tiene prisa por casarse.

El bernardino fingido, desde su cuarto, no había perdido una palabra de todo este diálogo, había titubeado un momento sobre el partido que debía tomar. Echando una mirada sobre el escuadrón de cosacos que rodeaban la casa, otra sobre sus pistolas, única arma que tenía para defenderse, palpando con una especie de angustia los despachos que llevaba bajo su sotana, movía lenta y tristemente la cabeza, y pensó al fin que lo más prudente era obedecer. Sólo de esta manera entreveía alguna esperanza de salvación, si ésta era posible aun. Por eso tomó su partido muy pronto, y escondiendo sus pistolas bajo su sotana, bajó rápidamente la escalera y se presentó en la cocina:

— ¿Preguntáis por mí? — dijo. — Ya estoy aquí; de día y de noche, siempre estoy dispuesto á cumplir los deberes de mi santo ministerio.

— Bien, bien, monje. No tendrás mucho que hacer. Primero, vas á cabalgar en compañía de treinta valientes, casarás á dos jóvenes, y recibirás algunos rublos por tu trabajo. Toma un caballo, monta y marchemos.

El bernardino no se lo hizo repetir dos veces. Se montó pronto en su cabalgadura y siguió á su escolta en el camino de Glonki. Tuvo cuidado en todo el camino, de no hablar una palabra y estar en una solemne gravedad, que todos los arrumacos de la banda cosaca no podían hacerle salir de ella, y llegó sin tropiezo á la morada de Sawinski.

Se le llevó al salón donde estaban el capitán, el anciano caballero, Witold y Alina.

El Señor de Sawinski, que tenía sus miradas fijas en la puerta, hizo un ademán de sorpresa viendo al recién llegado.

— No es el cura de Mlinck — exclamó mirando al capitán.

— Mi respetable amigo, el cura está ausente — respondió el fingido monje, con una humilde reverencia; — pero me ha encargado que le reemplace en esta comisión... Soy el Padre Buenaventura, del convento de Lodz, para servirlos; monje bernardino, como lo indica mi hábito.

— Bueno, bueno, esto basta — replicó el oficial con impaciencia. — Un sacerdote ú otro, es igual. Cáseme usted estos jóvenes.

— ¿Se han publicado las amonestaciones? — preguntó el Padre Buenaventura, queriendo desempeñar bien su cometido.

— Sí, padre — respondió el Señor de Sawinski.

— ¿Y han otorgado su consentimiento los padres?

El padre de Alina hizo con la cabeza una señal de afirmación. Entonces se encendieron los cirios en el altar improvisado. Delante del sacerdote se arrodillaron los novios y empezó la ceremonia. Sobre toda esta escena, reinaba un silencio triste y glacial. Cuando el monje preguntó el nombre de los esposos para exigirles el juramento, hizo un movimiento de sorpresa al oír el nombre de Tadeo Oskierko. Después, reflexionando que ni su papel ni

las circunstancias eran para profundizar este misterio, y que además dos individuos podían tener el mismo nombre, se volvió hacia Witold y le hizo esta pregunta:

— ¿Prometéis, Tadeo Oskierko, á vuestra prometida, Alina Sawinski, aquí presente, concederle ayuda y protección y serle fiel hasta la muerte?

Los ojos de Witold, que vagaban al rededor del cuarto, encontraron, no lejos del altar, un retrato de Alejandra.

Al pronunciar el sí hubiera podido observarse que enviaba al retrato una mirada y una sonrisa. En cuanto á la respuesta de Alina, no se la oyó por los sollozos que daba.

Hacia el fin de la ceremonia, la joven se sintió tan débil que tuvo que retirarse precipitadamente, y contrariando los deseos del comandante, que no pudo brindar con ella en el almuerzo de boda. Mientras que ella salía por un lado, el Padre Buenaventura se apresuraba á eclipsarse por el otro, gratificado con dos rublos de papel grasiento que el ruso le hubo puesto en la mano.

Al fin del almuerzo, el oficial, muy alegre, ordenó que se tocara á botasilla é hizo que le trajesen su caballo, después de haber bebido por la prosperidad de los esposos. Witold y el señor de Sawinski, de pie en el umbral, miraron desfilar lentamente por la llanura aquella sombría columna enemiga que había venido á traerles la desesperación y el terror. Después Witold mostró el deseo de despedirse de Alina antes de alejarse.

— Alina — le dijo — á precio de vuestra felicidad me habéis salvado la vida. No os impondré ni aun el estorbo de mi presencia; mi más caro deseo es que muy pronto os veáis libre. Dentro de una hora habré salido de la casa de vuestro padre; pero para que me vaya con el corazón tranquilo, decidme que me perdonáis y que no me maldecís.

Alina, demasiado débil para hablar, levantó su lánguida mano, hizo al aire la señal de la cruz, ese eterno símbolo del perdón de las injurias, y dejó caer su mano en la de Witold.

Este la estrechó con respeto, y salió silenciosamente del cuarto.

Una hora después, seguido por un guía, subía á caballo para dar un adiós eterno al hospitalario techo de Glonki. Metiéndose por los vericuetos más oscuros de este país de bosques, llegó felizmente á los alrededores de Mlawa, donde se incorporó á la división de C***.

No se presentó en el campo como el jefe intrépido cuya gloria era, hacía poco, tan envidiada; vino, como simple soldado, pidiendo una carabina y el honor de marchar en primera línea. Para obtener este peligroso favor, hizo valer sus servicios, su pasada reputación y el ilustre nombre de Mlotek.

Su paso por Glonki había dado un golpe terrible á su orgullo.

Sin embargo, al nombre de Mlotek, vió inclinarse todas las frentes y alegrarse todos los rostros.

— Vuestra renombrada fama no puede destruirse por un revés — le dijo C*** el jefe de la columna. Es posible que cuando se sepa vuestra llegada entre mi tropa, el Gobierno os llame á mandar mi división. Esperando esto, lo menos que puedo hacer es daros una compañía.

— No tengo interés en ello — respondió Witold. — Al menos — añadió bajando la voz — que se tenga más probabilidades de morir con el kepis de capitán.

Aceptó, pues, el kepis, pero no lo llevó mucho tiempo. En el primer encuentro, que tuvo lugar tres días después, Witold, cuando vió á los rusos, sintió una especie de furor. La división de C*** cercada por fuerzas superiores, iba á caer en poder del enemigo, que le cortaba el paso, hasta del lado de la frontera. En esta dirección cargó Witold, y en el momento en que conducía cincuenta polacos contra trescientos rusos puestos en batalla, una bala le atravesó el pulmón.

— ¡Por fin! — exclamó al sentirse herido.

Y cayó con un suspiro de libertad.

Pero desgraciadamente no estaba todo acabado. Algunos combatientes que lograron abrirse en medio del enemigo una heroica brecha, no olvidaron á su valiente compañero de armas y se llevaron consigo á Mlotek. Algunos días después, habiendo tenido un violento delirio, el joven jefe volvió en sí y se encontraba emigrado, herido y sólo en una pequeña aldea de la Prusia occidental.

Dejaba una esposa abandonada; pero aun no dejaba una viuda en Glonki.

XX

Hacia el principio de Septiembre, Tadeo Oskierko salía de Varsovia para dirigirse á Glonki. El po-

bre huérfano había llorado amargamente á su madre, y sin embargo, hasta esta época no había sentido desesperación en el corazón. Apenas llegó á Varsovia, tuvo que ahogar su dolor para consagrarse del todo á los deberes políticos, á las arduas tareas que el Gobierno había juzgado útil confiarle; y en este momento estaba encargado de una importante misión que tenía que desempeñar en el gobierno de Augustowo. Se trataba de juntarse con el valiente Suzin, que á la cabeza de una división se peleaba contra los rusos al Norte del gobierno, llevarle dinero y un plan de campaña é indicarle el sitio donde encontraría municiones. Esta era, sin duda, una misión peligrosa; pero Tadeo se había encargado de ella sin temor, habiendo desempeñado ya otras tan difíciles como esta. Además, dirigiéndose hacia el Norte, pasaría cerca de Glonki; se separaría un poco de su camino para ir á ver á su tío y á Alina, para llorar con ellos, para contarles sus esperanzas, sus aflicciones y sus penas.

El terrible suceso que había pasado no les permitía pensar por el momento en el casamiento; pero la suave y hermosa Alina lo animaría, lo consolaría. Y después ella sabría esperarle; dentro de un año sería su mujer, si los rusos lo dejaban vivir. Después de todo ¿por qué no lo habían de dejar? Había visto la ruina de su aldea, el incendio de su casa, la muerte de su madre; todo esto ¿no eran bastantes tributos pagados á la fatalidad? La tempestad había venido sombría y sin piedad; pero la tempestad había pasado; ahora se podía contar con días serenos. Por eso Tadeo había partido, si no alegre, al menos confiando en el porvenir.

Durante su permanencia en Varsovia, había sabido la fuga de Witold. Ningún detalle de esta aventura había llegado á los oídos del Comité. Sólo se sabía que Mlotek se había fugado, y que hasta entonces no había vuelto á caer en poder de los rusos.

Sin duda, el infatigable caudillo esperaba, en algún retiro seguro, el momento de reunir nuevas tropas y vengar su derrota.

Witold había hecho muy mal en temer las disposiciones de Tadeo con respecto á él. En medio de su dolor de hijo, Tadeo se regocijaba de no tener también que llorar á este hermano.

Hacia el fin de un día caluroso y tempestuoso, el joven viajero dejó el camino y se metió en una senda que terminaba en la alameda de chopos de Glonki. Le asaltó entonces la idea de que los rusos tal vez habrían venido allí para llevar la ruina y la destrucción. ¡Ay! tenía aún tan presentes en su imaginación los sombríos horrores de Mlinck, que, á pesar suyo, no soñaba más que confusión, terror y destrucción. ¿Qué haría, qué le pasaría si acercándose al bosque tan conocido, no percibía bajo los grandes árboles las barreras tan limpias, las paredes blancas y el tejado de tejas rojas del castillo de Glonki! Era su vida y su felicidad la que iba á decidirse dentro de un instante.

Por un momento sintió una angustia tan viva que se vió obligado á cerrar los ojos. Cuando los volvió á abrir, vió de lejos las frescas sombras, la reja abierta y el tejado rojo que el sol poniente doraba con un reflejo de fuego... Decididamente, Tadeo no había perdido todo; aun podía esperar alguna felicidad, y esta felicidad le sonreía ahí abajo. ¡Su corazón latía apresurado al acercarse á la casa!

Paró su britochka delante del umbral, y sin parar la atención en lo cortado que estaba el muchacho que vino á tomarle las riendas, sorprendido al ver que no acudía ni su tío ni Alina, se lanzó á la sala grande, llamando en alta voz.

(Se continuará.)

BANCO DE ESPAÑA

Se saca á concurso el suministro del carbón y de la leña que se necesiten en las dependencias del Banco durante el próximo invierno de 1885-86.

Las condiciones están de manifiesto en la Secretaría, desde hoy hasta el día 22 del corriente inclusive á las dos de la tarde, en que serán examinadas las proposiciones que se hayan presentado, y se juzgarán por la Administración del Banco, que aceptará la que considere más conveniente.

Madrid 12 de Octubre 1885. — El Vicesecretario, *Vicente Santamaría de Paredes*.

MISCELÁNEA

Diez años hacía que la Real Academia Española tenía abierto un certamen para premiar una novela, digna de este galardón, sin que las muchas presentadas hubieran merecido el fallo favorable de la docta corporación literaria, cuando el Sr. D. Cefirino Suárez Bravo presentó una suya intitulada *Guerro sin cuartel*, y después de maduro examen, obtuvo el premio, con aplauso de cuantos conocían la obra y el mérito insigne del ilustre escritor asturiano.

La novela ha sido impresa por cuenta del autor, y se halla á la venta en la principales librerías, al precio de 4 pesetas en Madrid y 4,50 en provincias.

Los pedidos, acompañados de su importe, al editor D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, núm. 10, cuarto 2.º derecha.

Por hoy nos limitamos á dar la noticia de este suceso literario; muy en breve hablaremos extensamente de la novela premiada por la Academia, dedicándola un juicio digno del envidiable lauro con que aparece coronada á los ojos del público.

Mientras que el famoso Dr. Ferrán se dispone á escribir tres tomos sobre su procedimiento profiláctico, la Comisión facultativa que le acompañó en sus experimentos ha formulado dictamen, cuyas conclusiones son las siguientes:

« Por la primera se afirma que la inoculación del

Dr. Ferrán no se puede considerar como inofensiva.

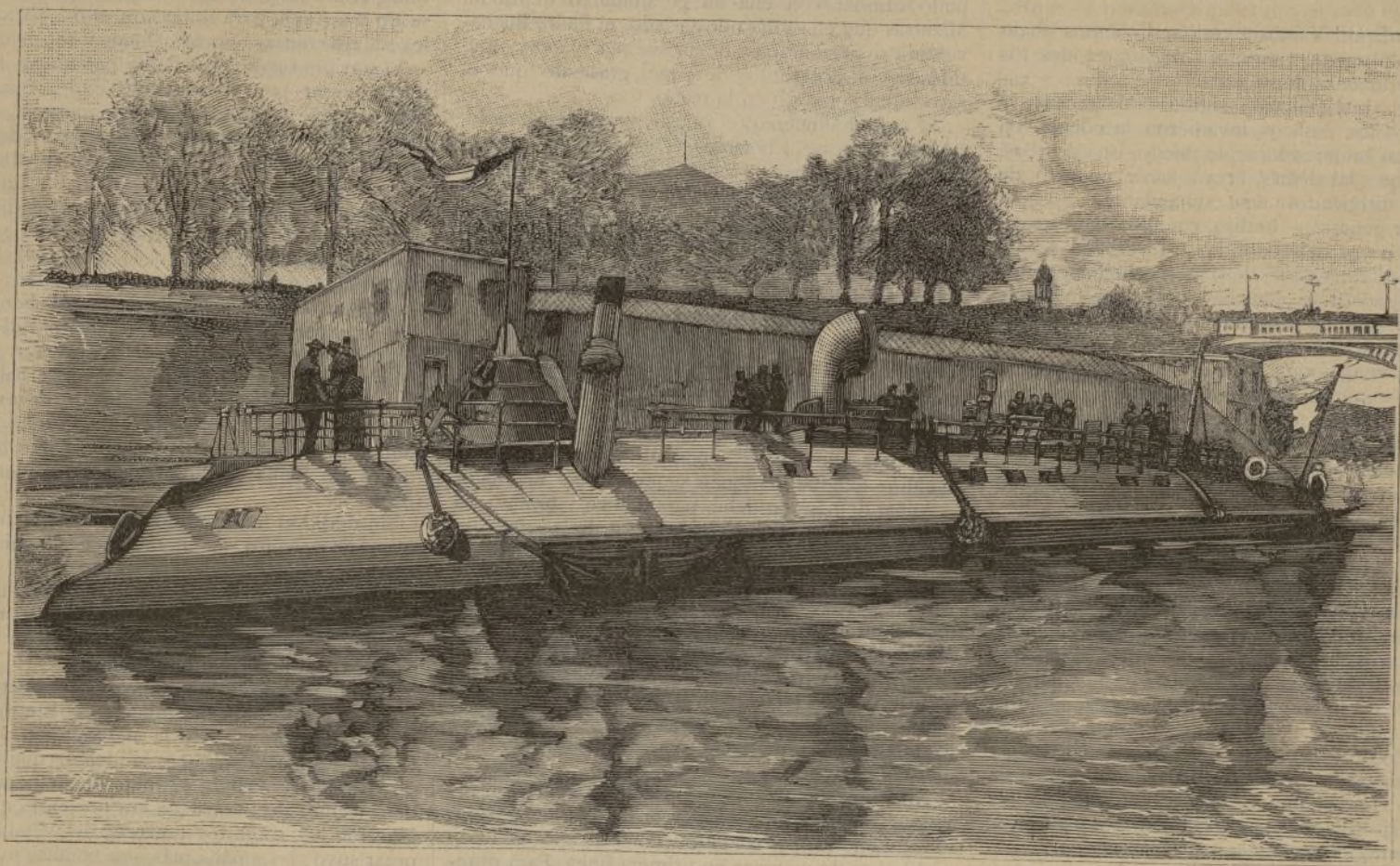
» Por la segunda, que el líquido destinado á estas inoculaciones no está convenientemente atenuado.

» Por la tercera, que no puede establecerse criterio fijo sobre sus buenos efectos, por la variedad en el cultivo de los caldos empleados.

» Por la cuarta, se desprende que el individuo inoculado puede transmitir el cólera al resto de la población.

» Por la quinta, que los síntomas que presentan los vacunados, no se pueden tener como característicos de un cólera experimental.

» Por la sexta, que el individuo inoculado por el consiguiente desequilibrio fisiológico, que es lo



UN TORPEDERO.

que más debe evitarse en tiempos de epidemia, presenta especial aptitud para contraer todo género de enfermedades.

» Y por la séptima y última, que la inoculación no produce ningún género de inmunidad contra el cólera.»

Parécenos que el doctor tortosino no transmitirá su invención á la historia de la Medicina.

Leemos en un periódico la noticia de que la Comisión de monumentos históricos y artísticos de Santander, tiene acordada la creación de un museo de antigüedades, provisionalmente, en el Instituto. «Algunas sociedades mineras, añade, han ofrecido objetos al museo, en el cual ha ingresado ya una lápida con inscripción romana, descubierta hace años en una mina inmediata á Comillas.»

Es un buen ejemplo que debieran imitar las comisiones de su clase.

Ya se ha confirmado la noticia que hace tiempo dimos de la cesión del Monasterio de Ripoll á favor del Excmo. Sr. Obispo de Vich.

Felicitemos de todas veras á los habitantes de Ripoll y á todos los amantes del arte, que, dado el celo y la actividad de ese venerabilísimo Prelado, verán pronto comenzar las obras de restauración de aquel grandioso monumento, admiración de propios y extraños.

También sabemos que se ha concedido el arruinado Monasterio de Santa María de Huerta (cerca de Medinaceli) á una comunidad de PP. Bernardos.

Difícil es la empresa de restaurar este insigne Monasterio, gloria del arte cristiano, que yace casi por el suelo; sin embargo, el celo de las comunidades religiosas, animado por una fe incontrastable, es tan poderoso que no hay que desconfiar del éxito.

El Monasterio de Huerta sirve de sepulcro al célebre D. Rodrigo Jiménez de Rada, primer histo-

riador de España, que asistió y predijo el triunfo de las Navas de Tolosa.

Decía el sábado último un periódico noticiero:

« Ayer terminó la renovación de los abonos en el teatro Real, habiéndose recaudado, con la intervención oficial, 83.580 pesetas. En día análogo de 1884 se recaudaron sólo 49.106.

En los cinco días que ha durado la renovación, el ingreso oficialmente intervenido ha ascendido á 452.377 pesetas, no habiendo pasado en los cinco días correspondientes del año anterior de 135.984.

Hoy comenzarán los nuevos abonos. »
¡452.377 pesetas de renovación! ¡cerca de dos millones de reales! ¡Cara música!

Esto nos recuerda lo que leímos hace pocos días en otro periódico de París. Refería que la construcción del teatro allí levantado, y que lleva el nombre de *Opera francesa*, no obstante cantarse casi exclusivamente las de los maestros alemanes é italianos, les ha costado á los contribuyentes franceses la friolera de 40 millones, no de reales, sino de pesetas, y todos los años les cuesta además 900.000 pesetas.

Multiplíquense 900.000 francos por 14, número de años que lleva abierto el nuevo teatro de la Opera de París; agréguese al producto de la multiplicación los 40 millones de pesetas, y nadie extrañará de que los franceses menos aficionados á la música pongan el grito en el cielo.

Aquí, como se ve, no vamos á zaga de los franceses.

Primer aniversario del Asilo.

El día 9 del corriente, en que se celebró el año pasado la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, se ha cumplido uno de la inauguración del nuevo y hermoso edificio del Asilo, cuya solemnidad se celebró bajo la presidencia del Ilmo. y Rdmto. P. Cámara, á la sazón Obispo de Trápolis, quien

bendijo la casa y la capilla provisional, establecida en uno de los futuros dormitorios, en tanto que se termina la iglesia.

En el mismo local se ha celebrado este año en la tarde del día 5, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, una modesta función religiosa de acción de gracias, en la cual el Sr. Capellán del Asilo ponderó con sentidas frases los beneficios de Dios con esta saludable institución y los admirables frutos de la caridad, á quien debe su origen y su existencia.

Pero la obra no está terminada: aparte de los anticipos de los bienhechores, que no están satisfechos, falta concluir la iglesia, cuya obra avanza lentamente, sin que pueda calcularse, por la escasez de recursos, el día de su consagración.

Triste, muy triste hubiera sido que por falta de limosnas no se hubiera podido llegar adonde se ha llegado felizmente; pero no sería menos triste que la obra con tan eficaz impulso comenzada y á punto de terminarse, quedara largos años en suspenso por haberse agotado la fuente de tantos y tan generosos donativos.

Cuantos visitan el Asilo muéstranse sorprendidos del triunfo conseguido allí por la caridad, que en cuatro años ha levantado con limosnas uno de los buenos edificios que adornan á Madrid, y ha dado amplio desarrollo á una de las buenas instituciones que ha creado el amor á los pobres huérfanos; pero si todos se sorprenden de lo que se ha hecho, no hay tampoco ninguno que no haga votos por su terminación, lamentando que no vayan las obras con la rapidez necesaria para que se vea pronto concluido el edificio y su anchurosa iglesia, que ha de ser joya del arte cristiano.

Ahora bien, si lo principal está hecho, un esfuerzo más, y la obra podrá pronto acabarse para gloria de Dios y beneficio de los pobres huérfanos.